Alicia Borinsky

CINE CONTINUADO



CORREGIDOR

Cine continuado

ALICIA BORINSKY

CINE CONTINUADO



Diseño de Tapa:
Daniel Villalba

Todos los derechos reservados.

© Ediciones Corregidor, 1997
Rodríguez Peña 452 (1020) Bs. As.
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
I.S.B.N.: 950-05-1039-1
Impreso en Buenos Aires - Argentina

lector:

Vistámonos para ir al cine. (Te daré besitos en la oscuridad pero te hará falta mucha suerte porque los altibajos de esta novela, como mi amor, son una cáscara de banana, una espina y un afiebrado desfile de modas)

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] Buenos Aires - Argentina

I

Historia de ella contada por mí, ni siquiera testigo ocular
Tango triste pero bailable

Su partida en blanco y negro

USTEDES dirán es brutal no puede ser que salga libre después de una condena tan leve después de una estancia tan agradable en una jaulita con aire acondicionado con jardín al frente y vista al lago. Es una condena, yo se los oí decir en el aire caliente de la siesta cuando salía del baño, que nosotras viviríamos como la verdad de nuestras vidas. Bailaban, vecinas mías, bailaban con los ojos saltones y una bolsa de red en la cabeza. Es una condena que más que gusto es un placer y ahora ella, burlándose de nuestras esperanzas más hondas, redefine y dice: estoy contenta porque me voy. Me mudo. Me voy a otro barrio. Me voy sola. Podía intuir cada una de las palabras, la rabia y el asco que le tenían porque dijo me voy.

Chau. Tenías la valija en la mano.¿Querés venir conmigo a la estación? A vos te voy a extrañar. ¿Querés? Llevame este maletín que no pesa demasiado, querida. Después de todo no me gustaría que te herniaras por mí. Y entonces te reíste porque te causaba gracia la idea de que yo me herniara o porque acaso pensabas en alguna de las enfermeras del hospital, en esos uniformes tiesos que veinte años después pasarían día y noche por mi destino. Acaso ya sabrías lo del accidente y entonces te reías porque para qué hacer otra cosa. Bueno, vamos, nena, si nos despedimos como en las películas no me hagas esperar.

Te seguí desde cerca, casi sin aliento, adivinando que traspirabas debajo de las medias de nylon, intuyendo que un poco más arriba te ibas mojando del entusiasmo. Te seguí de cerca, mala, que me dejabas como a una perrita para que fuera al colegio y te recordara mirando a mis compañeras. Después te seguí de lejos y quise perderme de vista pero vivíamos en un barrio de árboles jóvenes y luz despiadada y me viste. Vamos, que falta poco. Cuando llegó el tren me dijiste: No te dejo mi teléfono. No te dejo mi dirección porque voy a hacerme de una nueva vida pero te deseo mucha suerte, que te diviertas, que tengas muchos novios, no te olvides de tu vecinita divorciada que tanto te enseñó y entonces no te dejé irte, te tomé la cara y delante de todos te di un beso, sé que sentiste mi lengua y sé

que te gustó porque me dijiste al oído *bocadito de medialuna, nenita de mamá.*

Desde el tren el mundo parece transitable y longilíneo. Hubo negocios, pequeños comercios construidos por sus propios dueños donde se vendían objetos de material plástico y de orfebrería barata, verdulerías y almacenes con un olor a salame que penetraba por las rendijas a la noche. Fueron cambiando las estaciones y cuando llegaron a la ciudad ya era invierno, ella tuvo que ponerse su abrigo de piel, se le había arruinado el esmalte de uñas, el portaligas estaba estirado y si yo hubiera estado mirándola habría intuido los rollos que ya se le iban acumulando. Pero ella andaba sola ahora por una calle iluminada por carteles que decían CHICAS CHICAS MIL CHORIZO HUMANO DANCING COCA COLA LA PANTERA ENCANTADA andaba sola porque quería camorra andaba sola porque buscaba guerra y necesitaba plata andaba sola pero todavía no lo estaba porque para eso necesitaba independencia precisaba una cuentita bancaria sin préstamo hipotecario sin cuota de esto y lo otro. Era una época distinta y ella andaba por ahí como quien quiere la cosa pero nadie se le acercaba. LA INVISIBLE, se dijo a sí misma. Era la invisible porque las otras sí, a ellas se le acercaban hombres vestidos con disfraces anónimos, sacos que olían vagamente a agua de colonia y cigarrillos, pantalones grises, arrugados en la bragueta por la anticipación, con alguna que otra mancha anunciado ya la futura derrota. A ellas sí pero a ella no. Por más que abriéndose el abrigo anunciara su cuerpo. Por más que meneándose dijera estoy en el mercado.

¿Desea alguna cosa señorita? ¿Qué le sirvo? Cuando se inclinó para anotar su pedido de ajenjo con una gotita de limón recalentado, ella le tocó la mano, le rozó la pierna con el dedo gordo del pie y subió hasta la ingle en un lento recorrido por sus pantalones de sarga barata. El bajó la mano; le tomó la planta del pie y en ese momento le dio su mensaje: a la salida hay una cabina teléfonica y en esa cabina hay un asiento, si sabe esperarme estaré allí después de mis horas de trabajo pero para que yo vaya hará falta que me espere bas-

tante, junte algún dinero porque no doy lecciones gratuitas. Le dijo todo esto sin mover los labios. Ella lo supo porque era buena entendedora y porque de la comisura izquierda ya se le escapaba una saliva prometedora.

Se llamaba Felipe. Lo vio en la pulserita de identidad que lo enunciaba en medio del vello. Y usted, ¿cómo se llama?

¿Para qué quiere saberlo? ¿Acaso me va a llamar por teléfono?¿Acaso quiere ver si estoy en la guía?

El no esperó ni un minuto. Con la mano enguantada la bajó de una bofetada y, ella caída ahora a sus pies, oyó nítidamente la pregunta.

¿Cómo te llamás, hija de puta?

Cuando le contestó sintió una especie de intoxicación que la recorría con estremecimientos nuevos incitándola al aprendizaje, la buena letra, un complicado paso de tango en el cual sus piernas dobladas se encogían para dar luz a un cocodrilo sonriente. FELIPA y fue una alegría desmedida, le lamió los zapatos y su estómago trinó con la tierrita de la calle en su lengua, el sabor áspero de unas briznas duras mezcladas con deshechos de papel. FELIPA para servirle señor. Se agachó y con una mano le acariciaba el culo, le metía un dedo que de pronto se alargaba infinitamente y le hacía decir más más adentro y con la otra le embadurnaba la cara con algo blando maloliente oscuramente reconocible. Ella repetía FELIPA FELIPA para servirle y con eso se le iban los humos en suspiros latía entera para que él le dijera te la meto aunque me das asco te la meto de lástima recogida mendiga pobretona perra de baldío y ella no tardó en desabrocharse, sacarse la ropa y desnuda en la cabina telefónica agachada para que no los vieran le dijo por favor por favor y desgañitándose supo que ahora sí había entrado a alguna cosa se le había abierto un largo camino.

En esa cabina teléfonica crecían tulipanes negros y carnosos que le acariciaban a uno los tobillos cuando iba a hacer llamadas en sandalias. En esa cabina telefónica había un aire que modificaba las conversaciones que en ella se realizaban Sin saber por qué la gente comenzaba a bajar la voz. Las mujeres se acariciaban los senos

mientras hablaban con sus madres, las adolescentes más virtuosas confesaban a sus novios ciertos estertores nocturnos y les sugerían citas en atrevidísimos locales dedicados a la venta de drogas y la corrupción de menores, lugares a los cuales los muchachos acudían temerosos pero exaltados y que las niñas evitaban persignándose alarmadas cuando abrían la puerta de la cabina y se exorcisaban con el aire puro de la plaza; los viajantes de comercio interrumpían las transacciones más áridas para sugerir chantajes por estupros imaginarios con chasquidos de lengua y risitas forzados que los clientes rechazaban a veces o aceptaban otras convirtiendo esas adivinanzas en una verdadera lotería que cambió el ritmo del comercio en vastas partes de la ciudad.

Para Felipa, el corazón trinando de sabiduría, la cabina era su cámara nupcial. Con cada Felipe que traía su cuerpo se adaptaba más a las esquinas, los accidentes de terreno, las distancias entre el tubo teléfónico y su espalda. Después de varios meses de práctica con el camarero aprendió un oficio pero dejó una pasión.

Está en una habitación vacía. Las cortinas de voile dejan pasar la luz y una brisa marina se le insinúa en las axilas. Es feliz. Puede medirlo, asegurarlo con cada milímetro de pared blanca y ahora cerrará los ojos para que no poder ver a quién se le acerca, oliendo a bronceador y a iodo. No quiere verlo porque alarga la mano y palpa ya la arena que le ha quedado pegada, al tacto se nota que ha estado en el sol, tiene la piel caliente, tirante y entonces hay que masajearlo para que agradezca y le regale lo que busca. Matilde, te he traído las orquídeas que me pediste. Y aquí esta tu té de manzanilla. No te lo dejaré al lado porque quiero hacértelo beber personalmente. Gota a gota, Matildita querida. Sol de mi alma. A ver, ábrame los labios, déjeme ver su hermoso paladar rosado que quiero cuidarla.

La música comienza casi enseguida. Se oyen timbales entre las palmeras, tintineos de cucharitas de cocktail en copas de cristal. Y entonces él le dice: Matías, para vos seré siempre Matías. Bailan con los ojos cerrados. Las pestañas de Matías se han enrulado y rozan las mejillas de Matilda haciéndole cosquillitas en las mejillas. Ella

siente que él se repliega porque es hombre y quiere dominar su pasión por respeto pero ella lo busca, se acerca con insistencia, le dice no tengas vergüenza que es sólo un baile pero él le reitera quiero casarme tener hijos enviarlos a la escuela, cocinarte cazuela de mariscos todos los días. Ella se ha desnudado. Baila delante suyo mientras él saca su contrato matrimonial y le pide que firme pero ella le deja sentir su perfume, palparla, quiere que se olvide y justo cuando él está por largar el contrato suena el teléfono.

No se había vuelto loca pero andaba cerca. Por las mañanas se cepillaba los dientes y asistía a un templo de un vago culto religioso adonde se encontraba con mujeres de faldas oscuras y blusas de medio luto, abrigadas por saquitos de lana tejidos en tonos contrastantes. Conversaban entre sí gravemente antes de posternarse frente a un altar donde depositaban ofrendas de comida y bordados. Siempre se iban antes de que llegara el coro de niñas abandonadas por sus tías. No les gustaba el espectáculo. No les interesaba la emoción del momento en que cantaban sus desgracias desgañitándose para que Felipa Matilda les diera la señal y pudieran precipitarse a comer y ofrecer las manzanas que habían traído las señoras. Jugaban a Eva, jugaban al paraíso pero sabían que estaban en un barrio animado por ilusiones de contrabando, evasión de impuestos y sutiles atracos a mano enguantada. Las nenas la adoraban. Siempre la reconocían a pesar de sus disfraces y aunque todavía no les había dado nada, hacían cuentas constantemente y tenían planes para sus ahorros que no incluían la beneficencia ya que ese era un culto realista, basado en la observación de la naturaleza humana y no en la imaginación de algún excéntrico iluminado.

En el recinto Matilde Felipa dejaba de serlo para jugar con ellas a Eva y la manzana; se intoxicaban de culpa, bailaban una danza atravesada de estertores, veloces cambios de cadencia que las dejaban sin aliento, por el suelo, transpiradas, yacientes sobre el pecho de una compañera que a veces insistía en aliviar la fatiga con un lento repertorio de caricias. Eran sus conejitas, sus nenas, pero también sus jueces y herederas. Matilde Felipa ocultaba sus obligaciones en la cabina teléfonica porque para ese entonces ya había apren-

dido que de algunas cosas mejor no hablar y cuando se iba con su tapado reversible, ocultando por dentro el visón y dejando ver el modesto lado marrón, decía: voy a comprar masitas o tengo cita con el dentista o me esperan urgentemente en el consulado. Esto último era para preparar un eventual traslado de cabina porque las coimas que tenía que darle a la policía para que la dejara seguir con sus actividades habían aumentado desmesuradamente debido a la crisis económica que ya afectaba a todos los sectores del país.

Le llega correspondencia, la afecta, decide actuar pero sobre todo leerla

Querida hija:

He estado esperándote desde hace muchos años. Tu carta me ha sorprendido porque pensé que ya te habías olvidado de mí y de la familia que siempre te recuerda. No es que no querramos verte pero este es un momento difícil para nosotros. Hay algunos gastos suplementarios que nos han dejado sin los recursos que teníamos, así que con todo el dolor de mi alma, mi hijita,debo decirte que no podemos mandarte el pasaje que nos pides. Tal vez puedas ahorrar algunos dineritos de tu empleo de operadora telefónica, tal vez yo pueda conseguir alguna cosita extra y, con el transcurso de los años, logremos juntar lo suficiente. Roguemos estar gozando de buena salud para ese momento. Con un abrazo cariñoso, tu mamá que nunca te olvida.

Ocupante de cabina telefónica No. 6758B:

Por la presente se le hace saber que el espacio que ha estado ocupando ilegalmente desde el mes de marzo del corriente año debe ser dejado vacante en el momento mismo de recepción de este aviso so pena de encarcelamiento y el pago de una multa a razón de 1,000 pesos por día a partir de la fecha de esta comunicación.

Lic. Raimundo Massotti
Subdirector
Secretaría de Moral y Telecomunicaciones

Estimada cliente:

Lamentamos comunicarle que no podemos seguir suministrándole los veinte miligramos semanales de Fontamil a los que se encuentra suscripta debido a la corriente prohibición de su venta al público. Si desea recuperar su depósito preséntese a

la oficina donde realizó el pedido original durante los próximos noventa días.De no reclamar la suma que les corresponde dentro de ese plazo, los fondos pasarán a ser propiedad de nuestra compañía.

Atte.

Rosamaría Campodónico
Gerente General

Estaba segura. Podía jurarlo y rejurarlo. La Rosamaría y el Raimundo debían conocerse y en algún lugar se estaban burlando de ella. Apartados del mundo, en un pequeño restaurante con música de violines, ella pedía faisán relleno con nueces y pasas de uva mientras él encomiaba las virtudes del pato a la naranja. Pero qué vulgaridad por favor. Ensañarse de esta manera con una divorciada que se había mudado a una cabina teléfonica. Ensañarse sin motivo porque qué les podía importar que echara a la gente que quería hacer llamadas si había tantas otras en las ciudad, si no necesitaban pasar precisamente por esa esquina. Los tulipanes negros, eso debía ser. Envidia de que respiraran y palpitaran sin tierra alguna. Incomprensión de ese jardín que surgía del metal y de la goma telefónica, que se colaba por los agujeros del tubo y acariciaba las orejas de los usuarios. Ella cultivaba su jardín con palabras, con gestos, ayudada por clientes que ahora tenían consignas:

Operadora

Operadora

¿Me permite hacer una llamadita? ¿Cuánto cuestan los primeros diez minutos?

Larga distancia, todo incluido, cincuenta por la media hora.
Local, diez minutos treinta o veinticinco según la edad.

decía el cartelito que les mostraba con un guiño. Era simpática. tenía espíritu emprendedor y por eso nos entristece tanto que esté más en

la calle que antes, pobre mujer arrojada a sus propias circunstancias sin un protector que se haga cargo de su caso. Pero no nos inquietemos. Tiene sus recursos. No se ha olvidado del lugar donde ha depositado sus ahorros ni tampoco ha gastado sus fondos en trivilidades. Es, a pesar de las apariencias, una mujer moderna, a la altura de sus circunstancias. Camina, camina antes que nada a buscar lapicera, papel y estampillas:

Mi muy querida mamá:

No necesito pasaje pero sí una cama calentita para protegerme del invierno y la mala salud. No necesito que me pagues la comida pero sí que me convides a unas empanadas de las que hacías los domingos después del partido. Te veré en cuanto me asegures que ha llegado esta carta y mi cuarto está nuevamente preparado.

Te quiere, tu hija

Estela Ramona del Carpio

Querida Bochita:

La muerte de tu papá nos dejó poco menos que en la ruina. Yo me tuve que arreglar como podía y ahora que ya sabes la verdad no te sorprenderás si te cuento que me he visto en la situación de tener que alquilar cuartos. La casa está convertida en una pensión. Yo me acondicioné el sótano y ahí, con mi camita y un calentador paso los días yendo y viniendo con las tareas que hago para los pensionistas. Son todos gente bien, hay quien es maestro, empleado de banco, bailarina. Si no te disgusta la idea, yo te ofrezco un rincón del sótano. Podemos poner un catre y hasta que encuentres algo mejor podrías hacerme compañía, ayudarme con los quehaceres. ¡Qué lindo que sería que volvieras para el picnic del día de la primavera! Sé que esta noticia puede hacerte sentir muy triste pero no quería seguir ocultándote la realidad de mis circunstancias.

Como siempre, tu mamá

Amiguitas: la ley.

Raquel entra sigilosamente al bar. Lleva un portafolios de cuero borravino, tacos altos, pollera con un tajo que le llega hasta un poco más alto qure la rodilla y una casaca verde de lana con bolsillos de cierres dorados; del izquierdo se deja ver la colita de un angosto látigo de víbora teñido de rojo.

—Vengo a investigar quejas de los vecinos. Dicen que aquí se venden servicios prostibularios.

—Está muy equivocada, señorita. Es un bar decente. Masitas. Caña quemada. Vermut. Queso. Aceitunas. Manías. Jamón crudo y bocaditos de salame. Vino tinto. Un bar. Hasta bacalao pusimos para los españoles que no cejan. Aunque fíjese que saben que hace mal.

—Sírvame un vaso de tinto con algo para picar y empiece a cantar que no tengo mucho tiempo.

—¿Qué quiere que le cante? Puede pedirme cualquier cosa de Caruso porque soy un hombre culto y conozco todo el repertorio cleasico. Eso sí el de los de los aristas de antes. Porque ahora están todos emputecidos. Qué quiere que le diga. No vale la pena ni squiera escucharlos por la radio. Plata, plata y más plata es el sonido que dejan salir del pecho. Quiero plata cantan porque ya de arte no hay nada. Puro contrato puro conozco a este que me hace cantar en la Scala y a este otro que me arma un asunto en Carnegie Hall pero de arte ya no hay nada quién quiere ir a Manaos al Colón o adonde sea también iría a Bangladesh o a san Isidro así que todo es pura plata querida. Yo mire la aprecio tanto que este tinto se lo sirvo gratis para que vea que no soy como los demás. Un tipo decente. usted no debe ver muchos así. me gusta la pinta que tiene. ¿Siempre se viste así? Esos tacos deben de ser increíblemente incómodos pero a uno le dan ideas, se le suben a la cabeza y le producen vértigo y ese latiguito, mi amor. Por unos minutos de castigo yo le doy el repertorio entero de Agustín Lara porque me cae bien, me cae simpática, la huelo elegante, buena, servidora, honesta.

—Mire, déjese de payasadas que yo vengo a investigar. Usted bien sabe de qué le estoy hablando. No se me haga el tonto porque

vengo a satisfacer el ansia de justicia de los vecinos que tienen hijos, que tienen preocupaciones por el bienestar moral del barrio, que se preocupan de que una manga de corruptos no les arruine el futuro, la inversión en sus inmuebles y que, en fin, les joda la vida.

—El problema con usted es que habla demasiado. Ese latiguito me lo dice todo. Roce. Usted tiene roce pero no quiere admitirlo. Usted tiene ganas de hacer una llamada telefónica pero no quiere hacer lío.

—Llamadas telefónicas. Precisamente de esto vengo a hablarle.

—Siéntese que le explico. Eso es. Cruce las piernas para que no me vengan ideas antes de que termine de contarle una historia que le interesará, que le hará mecer su latiguito con esos dedos tan largos y esas uñas carmesí.

Se prepara para volver sin saberlo (mirémosla con compasión sin burlas)

Matilde Felipa está triste. De pronto le ha dado una expresión de perro desamparado. *Ternero degollado* le dijo el último qure había pasado por la cabina teléfónica antes de pedirle que le devolviera el dinero. Ternerita pero no estúpida y lo mordió con fuerza para que él se fuera, desgañitado, humillado, partido en dos, jurándole que se las iba a pagar. Ella ha contado su dinero sin entusiasmo. Le falta su remedio. Le falta su resentimiento. Se ha olvidado de las penas que tenía que purgar. Ha cumplido su misión y no entiende ya por qué se ha metido en la cabina. Las luces de neón han dejado de guiñarle mensajes codificados. Queridos, se nos marchitará como los tulipanes. Se nos irá defenestrando, florcita amarga y decepcionada.

—¿Me permite, señorita?

—Sí, yo ya me iba.

—Mire que no quiero interrumpir. Si usted tiene que llamar, siga nomás que yo espero. La persona que aguarda mi llamada se quedará todo el tiempo que haga falta.

—No, no. Faltaba más.

El hombre que iba a cambiarle la vida, hacerle reconocer calles que había entrevisto en sus sueños y vestirse de gala cada noche para sus caprichos, tenía uñas sucias y usaba zapatos de tacos gruesos para dar la impresión de ser más alto, pero aún así ella le llevaba una cabeza. Tenía pelo enrulado, de bebé, le diría ella unos meses después, el cuatro de junio, día en que celebrarían su cincuentenario.

—Hola, Lucía, te extraño con toda el alma. No he podido conciliar el sueño pensando en ti toda la noche y todo el día. Ninguna como tú. Te veía salir de la ducha, con tu pelo renegrido brillando después de ese shampoo que te regalé y pensaba en cómo te haría un masaje demorado pasando por esas partes de tu cuerpo que están siempre tibias.

Al llegar a esta parte él hacía un gesto con las mandíbulas como si quisiera tragar algo y se le saltaba una lágrima de emoción. Entonces le juraba un amor apasionado, acariciaba los tulipanes, se pasaba las manos por el cuello, se desabrochaba la camisa dejando

ver el abundante vello que le cubría el pecho y le decía que no aguantaba más. Así durante tres semanas mientras Matilde Felipa esperaba su turno porque para ese entonces había desarrollado un voraz interés por los pensionistas de su mamá y mantenía largas conversaciones sobre sus hábitos más íntimos y las mejores maneras de ahorrar en el presupuesto alimentario de la casa que, con los tiempos que corrían, había aumentado sideralmente. La historia de amor de la cabina la llenaba de envidia. Se imaginaba a Lucía saliendo de la ducha, recorría su cuerpo con entusiasmo adolescente, soñaba con comprarle aros para sorprenderla. Sola frente al espejo se pasaba un dedo por los labios creyéndose ella, en éxtasis mientras él la masajeaba, le hacía cambiar de posición, moldeaba su cuerpo para el placer. Matilde Felipa suspiraba, lo esperaba mientras hacía cola y fingía contar los gorriones que venían a posarse sobre el árbol que crecía indiferente a la izquierda de la cabina al lado del kiosko de revistas y periódicos donde ella no había visto que se anunciaba la nueva campaña por la moralidad y las buenas costumbres.

Su nombre era Pascual Domenico Fracci. Tenía cinco hijos, todos contadores, correctos, buenos ciudadanos con opiniones políticas sobre la mejor marcha del gobierno municipal, listos para ser activos en la asociación cooperadora escolar cuando sus propios niños llegaran a la edad en que deberían preocuparse por su futuro en la comunidad. Por eso, cuando el último también quiso formar un hogar, casarse, comprar pasta dentífrica en un tubo grande, tamaño económico, decidió que era el momento de largar esa vida y se fue. Su mujer apenas advirtió su ausencia porque durante los últimos veinte años de matrimonio él había pasado la mayor parte del tiempo en el negocio familar, una tienda que redituaba dinero de la venta de objetos vagamente útiles o decorativos que él envolvía cuidadosamente en papel de colores y una cinta adhesiva que se despegaba ni bien el cliente tomaba el paquete en sus manos. Sería tan falso decir que lo pensó como que obró por impulso. Sólo le quedaban ganas. De eso se dio cuenta cuando empezó a espiar lo que sucedía en la cabina y urdió el fantástico plan que lo apartaría de una vez para siempre de esa existencia tan tenue tan sin ton ni son.

—Quiero cuidarte Lucía, amor de mi vida. Quiero que día y noche no pienses en nadie sino en mí. Mimarte. Darte seguridad. De noche dejar que te acurruques en mis brazos, cantarte un arrorroró mientras te paso la mano por esos lugares que tan bien conocemos.

En la cabina hasta los tulipanes cambiaban de color porque ya el negro no les convenía y ahora se teñían de rosa nupcial, se mecían rozándose los pétalos con un ronroneo casi gatuno, un sonido estival, luminoso. Matilde Felipa se había achicado. La timidez y el deseo se le habían internado en el cuerpo y casi sin advertirlo la idea misma de Lucía la había transformado. Era ahora una mujer de baja estatura, retacona, con talones que se le hinchaban levemente y músculos apáticos, necesitados de un masaje. El, de reojo, se dio cuenta de que ella había ido perdiendo la altivez de los primeros días y siguió aplicándole el tratamiento que ahora llevaba días y noches: suministraba recetas para combatir el mal de chagas, las liendres, preparar un puchero vegetariano, clases de guitarra y momentos de gran inspiración erótica con alusiones a fiestas patrióticas. Pascual Doménico era paciente. Los años de servidumbre matrimonial lo habían preparado para la espera y la buena letra. Esta vez no quería dejar nada inacabado. Sabía que Matilde Felipa no había llegado aún a la medida exacta de su tamaño y siguió con sus peroratas hasta que una tarde en la cual una huelga de ómnibus había dejado los negocios desiertos y ya se anunciaba un otoño lluvioso, la miró firmemente a los ojos y, viendo que se ruborizaba, supo que estaba lista para acertar con la respuesta requerida.

—Decíme, petisa, ¿cómo te llamás?

—Lucía, señor.

Se lo dijo. Sonrojada. Sorprendida por su insolencia. Con las palmas de las manos transpiradas y el anillo de la primera comunión deslizándosele del dedo en una bajada resbalosa, inexorable. Lo miró perderse en la alcantarilla montado en una cintita amarilla con la inscripción de la panadería de la esquina en letras coloradas, ***Panadería Ortiz,*** y el estómago le trinó con la anticipación de las masas que comerían veinte minutos después, estrujándose las manos, la crema pastelera colándoseles entre los dedos antes de en-

tremezclarse con los fluidos amorosos que ahora sí estaban francamente desatados porque sabían que estaban unidos por un chiste más fuerte que cualquier adversidad.

El fue tal como te lo habías imaginado, me dijiste por la tarde, años después. Yo quería que me reconocieras más allá de mi nombre, que recordaras nuestra despedida y nuestros juegos pero persistías en hablarme de tu gran amor, de la fenomenal reducción de tu altura que te había minimizado para que surgieras, erótica y esencial, cada noche y cada tarde convertida en la mujer de Pascual Domenico.

Te pegaba y después ya calientes los dos, te comía a besos, te consolaba, pedía perdón y te decía: nena te compro un chocolatín
te saco a pasear
tendremos un departamento asoleado
te cantaré canciones de amor en francés
y te dedicaba melodías italianas con letras tristísimas que hablaban de viajes en barco sin retorno, crepúsculos encendidos durante los cuales dos amantes mirándose a los ojos comprenden de pronto que este será su último encuentro y vos, para que él no se desilusionara, decías
el francés es una lengua tan romántica
me gusta tanto como lo cantás y lo pronunciás
tontita, tontita
repetía Pascual Domenico y, alzándote en vilo, te llevaba al alféizar de la ventana, te despeinaba, te desvestía, te llamaba Lucía.

La extrañan porque era simpática

Las chicas del culto de Eva empezaron a desfilar por el barrio con manzanas en la mano. Al principio los vecinos creían que eran campesinas y hubo quienes quisieron encargar fruta. *Dos kilos y medio para medio para mí, de las coloradas. Mejor no, mejor mezclarlas con las verdes, aunque ahora vienen un poco ácidas, deme cuatro de las amarillas. Pero, ¿qué hace? ¿está loca? ¿por qué me escupe?*

No son vendedoras. No son campesinas ni artistas ni mendigas ni manifestantes no tienen una causa.

No les importa nada.

No piden favores.

Muestran su manzana y se ríen entre sí. Intercambian miradas. Comentan, cuchichean, susurran. Complotan. **Complotan.** Creen que complotan en el barrio y en la ciudad porque es un país desconfiado, un país de traicionados, cornudos, desencantados que no pueden reconocer que en los ojos de las chicas hay una gran extrañadura, que se pasean zaheridas por la ausencia de la de los tulipanes negros y los tacones altos. La buscan, la necesitan, desean su aliento descarado, la sospecha de sus planes, el tintineo de las monedas en sus bolsillos y la insolencia de sus caderas ante posibles clientes. Las chicas del culto de Eva quieren volver a verla en la cabina telefonica, intuir sus ganancias. Están preocupadas, ansiosas y no saben, no entienden, cegadas por su nostalgia.

sus métodos son erróneos
sus tácticas son de un período perimido
sabuesas ignorantes
romanticonas

Raquel también quiere encontrarla para tomarle declaración. La actividad en la cabina que suscitó las protestas ha terminado. Los tulipanes, marchitos, raquíticos, yacen en el piso entre puchos descartados y papeles arrugados con números de teléfono borroneados por tanto pisoteo. Pero ya lo han adivinado. Hay otras que, siguiendo su ejemplo, hacen lo mismo. Estas son groseras, ruidosas, se tiñen el

pelo, discuten el precio en voz alta. Se refugian en zaguanes para arrodillarse frente a hombres que abren impermeables con olor a humedad y les muestran una fuente de ganancias, una humilde flecha, una historia silenciosa que no les interesa averiguar.

Cualquier mujer con latiguito quiere usarlo en un momento u otro. Sobre todo si es rojo. Raquel no es una excepción. En el bochinche de caricias, lengüetazos y negociaciones encontró su presa, la espalda en que descargaría su elegante furia de cuero. No sabía cómo se llamaba pero ella también necesitaba encontrar a esa mujer. Poco podían decirle los vecinos, los mozos del bar, las adolescentes que hacían cola para hablar con sus novios. Las chicas del culto, las raras, las sin ton ni son, las de las manzanitas, las echadas del paraíso la conducirían a su patrona y entonces desataría su furia, demostraría el poder de su latiguito, le diría:

usurpadora,
zaparrastrosa,
este es el espíritu de la ley.

Infiltró los paseos de las chicas. Se hizo amiga con zalamerías, compartió con ellas una receta para cubrir las manzanas con cera de modo de que no se pudrieran y lucieran indefinidamente relucientes. Fue de ese modo que se acabó la fragancia de sus recorridos, se endurecieron las manzanas y, un día, desvanecido su encanto, las sustituyeron por un estandarte rojo. Bordemos la cara de nuestra patrona, sugería Raquel. Hagamos un retrato que la identifique. Algo que permita ubicarla. No, no, y no, le contestaban, no ese tipo de búsqueda, no nos entiende aún. La patrona no es una mujer como las otras. Sólo se parece a sí misma.

Hay hogares que matan

Preocupada, jadeante. Corre por las mismas calles que la vieron llegar, pasa a las chicas del culto que no la reconocen y casi la pisan, pasa al lado de Raquel, tropieza con la punta del latiguito que se cae pero no se para a levantarlo porque está apurada y también huye. Lleva debajo del brazo el banquito que necesita para encaramarse y alcanzar el tubo del teléfono público. ¿Tendrá suficientes monedas?¿Estará en casa?
—¿Mamá? ¡Qué suerte encontrarte! Prepará todo.
—Sí, en el sótano, en cualquier lado me arreglo. No no le digas a nadie que voy a llegar, dejá la puerta de atrás abierta.
—No, no vayas a la estación.
—No es por eso, pero nadie, nadie debe saber que vuelvo.
—Tampoco ella.
—Sí, claro que tengo ganas de verte, pero hay que tener cuidado
—¿Mamá, me oís bien? Guardáme el secreto. Acabo de matar a un hombre.

II
las luces del centro

Tenía los ojos vacíos. Caminaba distraídamente. De vez en cuando se inclinaba para recoger alguna moneda o un pedazo de papel y su cara se animaba por unos segundos pero una vez que ponía su hallazgo en una de las numerosas bolsas de plástico que llevaba colgando de ambos brazos, volvía a ser la estatua ambulante, la mujer impasible. Rosa vivía en un callejón que lindaba con un edificio que había sido un teatro de variedades veinte años atrás. El tiempo se había encargado de trastornar la simetría de dos inútiles balcones que se habían convertido en paradero de palomas y vaciadero de basuras desperdigadas por el viento. Un público ralo desafiaba la caca de las palomas para asistir a animados servicios religiosos jueves y domingos. Eran pocos y se reconocían a la entrada con apretones de manos exageradamente solemnes para ese barrio agrisado por la crisis económica y la indiferencia estética de sus habitantes.

Las chicas del culto de Eva no aguantaban la mediocridad ambiente. Eran jóvenes. Usaban minifalda. Traían ánimos de pandereta. Algunas conservaban aún viva en las narices la fragancia encendida de la manzana perdida. Percibían lo que todos habían olvidado; en ellas subsistía el espíritu de las coristas de piernas arrogantes y tetas puntiagudas. Rosa no se dio cuenta de su presencia al principio porque siempre dormía a su llegada, haciéndose la borracha para que nadie se asustara de las visiones de su extremada lucidez.

Raquel la vio inmediatemente porque tenía espíritu de sabuesa. Despatarrada, los ojos cerrados y una botella vacía de ron a su lado, Rosa era, sin lugar a ninguna duda, la cómplice ideal. *No tiene nada que perder, ni siquiera pasaporte para huir al extranjero, ni siquiera un sueldito de mala muerte para ser pobre pero digna, seré en menos de media hora, su amiguita del alma, el eslabón perdido de su energía vital,* se dijo Raquel sin acariciar el latiguito colorado porque se le estaba formando una dureza en el dedo de tanto ir y venir por la parte trenzada del cuero.

Las chicas del culto se habían olvidado de que Raquel era una recién llegada. Después de todo, no disponían de tiempo para inti-

midades y si lo dispusieran, lo usarían para cosas más interesantes como, por ejemplo, iniciar conversaciones con alguno de los innumerables muchachos que, ilusionados, les hacían la corte.

—Te vestiré de gala, un make-over total, te llevo a la peluquería, a la perfumería y en menos de un día no notarán la diferencia. Te adorarán y, juntas, conquistaremos el movimiento

nos fotografiarán a la salida de las premiere

seremos invitadas a las inauguraciones de los edificios más importantes

te daré todo el ron que te haga falta entonces pero no ahora porque debemos estar alerta, compañera, querida amiga, conductora.

Así le hablaba creyendo que estaba dormida. Elegía palabras y circunstancias diferentes para influenciarla mejor pero la cantilena era siempre la misma: éxitos, fama, un dramático cambio de clase social. Rosa seguía haciéndose la dormida porque no era esta la primera vez que una callejera se le acercaba para proponerle vagas colaboraciones basadas en algún aviso publicitario o, lo más frecuente, alguna pildorita mágica. Un día que llovía Raquel tropezó con una cosa pringosa, mezcla de cáscara de banana y preservativo usado y se cayó encima de Rosa antes de empezar con su perorata. Rosa abrió los ojos y, al encontrarse por primera vez con la mirada felina de Raquel, sintió cómo se desmoronaba su indiferencia.

—Si participamos juntas en el concurso de la iglesia, voy.

—¿Qué concurso? Yo no sé nada de ningún concurso.

—El de ciclismo. Es todos los años y nunca me he animado porque se necesita compañía, pero sería una buena manera de probar que podemos trabajar juntas.

—No sé, si perdemos mi plan se va a la mierda antes de decirte en qué consiste. Me parece francamente poco práctico, banal. Porque ¿Para qué sirve un concurso? Es tentar a la suerte, ofrecerse para que juegue con uno, le haga dar volteretas. Yo prefiero planear todo profesionalmente, estar a la vanguardia de las circunstancias. Coimeamos a las monjas para que nos den el premio, eso sí me gustaría. Rosa ya bostezaba del aburrimiento, se restregaba los ojos con

una rabia que le venía de la época en que lavaba la ropa con lavandina y le quedaban las manos moradas.
—Vamos, que le va a gustar.
—No necesito un make - over. Es cosa de maricones. Las mujeres ya no nos interesamos por esas cosas.

Muñequita linda/ de cabellos de oro

Lo único que no pudo ponerse fueron tacos altos. Tenía sabañones. Tenía callos. Sus durezas hacían de sus pies dos acantilados. Por eso cuando uno la miraba sentía un sobresalto al pasar del ajustado traje Chanel a los mamotréticos zapatos negros. Raquel la mimaba, la llamaba raquetita de tenis, picaflor, melenita pero ella se relamía pensando ya en cómo la haría callarse, en cuánto sufriría a merced del latiguito.

Fueron a un restaurante y no quisieron servirles porque les dio pudor tanta amistad, tanto perfume a talco pero en el bar les dieron una mesa especial al lado de la orquesta y hasta les trajeron sandwiches de panceta y tomate para calmar el hambre y dos cervezas calientes porque Rosa se había acostumbrado a los sabores del reciclaje.

—Cómo te creíste lo del concurso de la iglesia. Cómo te tragaste cualquier cosa que te dije. Nunca me imaginé que ibas a pisar ese palito. Pero qué querés así es la vida. A cada avivado le llega su avivado y medio. Y aquí me tenés.

Se vanagloriaba. Con el escarbadientes moviéndose en la comisura izquierda como un animalito a punto de emprender el vuelo y manos expresivas, un poco brillosas por el constante sudor que la empapaba cada hora y media desde que se había pescado una enfermedad grotesca, indudablemente incubada durante años sin sospecha alguna pero poco importaba porque ella nunca había besado a nadie en la boca. Asco. Falta de oportunidad. Distracciones en otras partes del cuerpo, agujeros más fragantes, contornos más pilosos. Cuando escucharon el primer tango no les cupo la menor duda. Se levantaron. Se juntaron, pegadas por la transpiración y las ganas de hacer un espectáculo.

Raquel disimulaba el dolor que le causaba el escarbadientes cuando se le hundía en la mejilla. Respiraba fuerte mientras la otra eructaba y la envolvía en un vaho de cerveza y aceitunas. Duró lo suficiente como para que se dieran cuenta de que a nadie le interesaba lo que estaban haciendo porque una nena de catorce años vestida de corista hizo un complicado strip tease que duró toda la noche.

Ropa de la nena sacada con ritmo cronológico inverso:

chaqueta con reborde dorado, bolsillos de plástico
falda tableada de un material brilloso, acaso papel de aluminio
pullover de cashmere
pullover de algodón
blusa de girl scout
camiseta con la insignia de un equipo de futbol perdedor que dejó a todo un país en la tristeza más absoluta
pantalones anchos
pantalones ajustados
calzoncillos robados a un travestí en el momento en que se los cambiaba por una pollerita de hawaiana en el baño de damas de un restaurante afamado por la calidad del desinfectante que ponían en sus espejos
medias largas transparentes con diseños que simulan encaje (tonos grises)
corpiño de satén con una pequeña flor de lis en cada pezón
un pañal
una toallita higiénica
un diafragma
(porque, ya lo han intuido, su desnudez era absoluta y los espectadores valoraban el grado de concentración requerido por este acto día a día)

QUE PODIA IMPORTARLES UNA PAREJA COMUN Y CORRIENTE DOS PERVERSAS BARATAS BAILANDOSE UN TANGO

Esas cosas no se destacaban, estaban fuera de lugar desde que mandaron a todos los anormales al circo. Se trataba de un público curioso pero no ingenuo. Ansias de cosa elevada, de llegar al meollo del asunto, eso sí los animaba y la nena, bueno, la nena era algo del otro mundo. De ella uno podía aprender sin hacer los deberes. Cerciorarse de que se estaba ahí, nada de asquerosidades ni tonterías. Así que la piba se robó la función y las dos mujeres, contentas, algo mareadas por el ritmo que habían descubierto al unísono se sentaron a descansar y a participar con la modestia permitida por su

chabacanería, en la celebración de la lenta desnudez de Noemí, colegiala modelo.

Querido Diario:

Hoy casi no recibí propinas. O estaban tan encantados que se olvidaron. O estos son unos muertos de hambre que quieren que todo les llegue gratis. Las señoras que bailaban tango me sacaron a comer. Si no hubiera sido por ellas, hasta hambre habría pasado. Ya llevo dos noches saliendo con ellas. ¿Querrán algo de mí?

te quise llamar pero me daba ocupado

Mamá ha preparado toallas blancas y tallarines con tuco.

Se ha sacado los ruleros y ahora luce una melenita con bucles de alambre.

Sabemos que está posando para la foto que les sacará el pensionista de la habitación número cinco ni bien la nena pase a la sala.

Ha llegado, agitada, pañuelo de gasa. Alta, delgada, figura de Greta Garbo con hombros anchos, labios finitos, impermeable gris.

Ha llegado y la mamá se da cuenta de que es su hija por el aliento a chuño que no se le ha borrado a pesar de los años. Se abrazan, se besan pero saben que por ahora no habrá mucho que decirse hasta que ella, debajo de la ducha, abandone su elegancia de travestí y confiese su crimen limándose las uñas que se le irán tiñendo de colorado sin necesidad de esmalte.

tengo ganas pero tenemos que pensar en los demás

(lo nuestro terminó y otras cosas que ella ha dicho y que también le dijeron pero esta parte la saltearemos para poder cuchichear nuestros propios adocenados secretitos preferentemente a la luz de la luna si no puede ser en el sauna auscultándonos el estado de piernas y vaginas, la viabilidad de nuestras historias)

por fin baila

La nena ha llegado preparada para su número. El público ha crecido.

Acicalados profesores de escuela secundaria con copos de caspa en el blazer azul marino.

Mujeres fragantes de productos depilatorios.

Cirujanos plásticos que toman nota de los detalles de su cuerpo para reproducirlo en el de mujeres fofas y adineradas que le permitirán costearse vacaciones a lugares donde venden objetos electrónicos, manteles de polyester y preservativos de materiales ligeros, acariciantes que hacen suspirar de placer a quienes se los ponen eliminando la necesidad de húmedos amantes con pruritos morales y peculiaridades psicológicas.

Una monja con anteojos negros y ropa interior escandalosa que en el momento menos pensado se lanzará con desenfreno a confesarle un amor desesperado.

La nena baila ahora para todos pero sobre todo para el diario porque sabe que para escribir tendrá que tener una aventura pero cómo y dónde si ese strip - tease fatigoso sólo le permite juntar platita y contarla sin siquiera tiempo para comprar un chupetín, un peservativo o el poster de las chicas del culto de Eva lamiendo manzanas con lenguas escandalosamente coloradas, casi peludas.

un accidente lo tiene cualquiera

—¿Así que mataste a un hombre? No lo puedo creer. Vos siempre tan calladita. Claro que ahora es otra cosa, con esa pinta imponente. Raro crecer después de que te venga la menstruación. Yo siempre creí que una se quedaba de la altura de la primera mojadita. Un chorrito colorado y ahí estás. Podés quedarte embarazada pero crecer, eso no. Vos, en cambio.

—Lo maté pero pareció un accidente.

—Envenenamiento. Le diste cianuro. Le pusiste sedantes en un vasito de vodka y después se lo serviste con un yogurt vencido hace dos años. Le diste vino fermentado con canapés de palmitos envasados en una melancólica fábrica donde la gente transpira y canta canciones en un guaraní tan diáfano y musical que no hay palabras ni resguardos contra el botulismo. Tantas maneras. Siempre he dicho que el envenenamiento es el sistema más a tono con el carácter abnegado de las mujeres, servidoras, cocineras. Le da a una la oportunidad de cuidar al enfermo. Limpiar los vómitos y aumentar la dosis mientras él nos agradece con lágrimas en los ojos y nos pide que no lo abandonemos porque tiene miedo de la enfermera que a esa altura ya está amargada por cosas que le pasan en la casa, líos de familia, en este país de mierda donde uno nunca sabe qué puede pasar mañana.

—Hablas como si vos misma lo hubieras hecho.

—Sos lo suficientemente madura como para entenderme ahora que usas impermeable. Ese fue para mí el dato fundamental que me hizo reconocer que estaba frente a una hija crecida, adulta. Una mujer que usa impermeable es una mina. No una pelotuda que al primer chaparrón se mete en un taxi. Y gris. ¿te das cuenta? Nada de pinta, gris para esconder manchas, experiencias, todo eso. Fijáte que siempre me había quedado un no sé qué con respecto a vos porque el finado insistía tanto en darte una educación tradicional que me parecía que no ibas a poder salir de ahí pero tu divorcio y esa chica que vino a buscarte a casa con tanta ansiedad empezaron a convencerme de que…

—¿Una chica?

—Sí, me dijo que habían sido vecinas, que te tenía admiración, algo de haberte llevado al tren, qué sé yo ahora se me olvida, fue justo cuando el asunto del finado que, claro, en esa época estaba enfermo pero yo no daba abasto, no como ahora, Bochita, que dentro de todo, llevo una vida con más brillo en la pensión. Vos todavía no viste lo que puede ser esto un día de paro general. Preparo un guiso y nos sentamos todos alrededor de la mesa a contarnos cosas de antes. Yo, por supuesto, escucho sin decir nada porque tengo que mantener dignidad de dueña de casa pero me entero de dónde están las alianzas y después veo cada cosa que me llevaría una vida contarte porque la verdad es que con pensionistas y todo tengo menos trabajo ahora que cuando estaba sola con el finado que con un capricho y otro, sobre todo al final con esos asuntos estomacales que requerían tanta atención. Cuatro enfermeras pasaron por aquí y todas coincidieron: usted, señora, es una santa. Una fue mi primera pensionista.

—Nunca me contaste qué le pasó al viejo, por qué le dio ese patatús.

—Qué querés que te diga. Una indigestión. Yo digo algo en las albóndigas. O a lo mejor esa pizza que le gustaba comer en la esquina.

—Raro que a vos no te haya dado nada.

—Voluntad divina. Pero ¿no era que ibas a contarme cómo lo hiciste?

mi vida no es vida sin tí

Querido Diario:

Las señoras son caprichosas. Hoy me han revisado de pies a cabeza para saber cómo puedo usar tanta ropa y lucir delgada. Me llevaron a un instituto para sacarme radiografías. Quieren conocerme mejor pero no confían en mis palabras. Les han mentido mucho en la vida. Buscan algo. Buscan a alguien y quieren que las ayude. Lo haré, querido diario, seré sabuesa para ellas no porque me paguen si no porque en el fondo también yo quisiera saber quién es eva y acaso demos con la pista. Diarito mío, ¿qué podré sacarme? ¿qué ropa o qué vello para me llamen amiguita, dejen de observarme con aire de sospecha y me permitan reírme de sus chistes, eructar sin decir perdónenme, quedarme en la misma pieza de hotel con ellas, pedir que me traigan un desayuno de esos con un pomelo cortado en pedacitos y una frutilla, acaso cereza?

Mañana me harán saber su plan de acción pero de un tiempo a esta parte las noto nerviosas, el latiguito colorado se ha puesto borravino, como si alguien lo usara para limpiarse el culo.

entra a la fiesta como quien se va

Ustedes se han dado cuenta

lo saben

lo intuyen

si se queda en casa de su madre es para espiarla, juntar documentación para meterla en la cárcel. Vengar la muerte de su padre.

—No me llames más Bochita.

—¿Y cómo querés que te llame? ¿Greta? ¿Marlene? Van bien con el impermeable. Es cierto que divorciada y todo Bochita queda demasiado de barrio, tiene cierta vulgaridad y ahora que andás en otra cosa..

—Juana

—¿Juana? Es nombre de lavandera, de dueña de pensión, yo, por ejemplo podría muy bien llamarme así, pero vos, en cambio.

—Juana, como el viejo. Si Juan era un nombre suficientemente bueno para él, Juana me servirá para lo que quiero hacer.

—Allá vos. Y pudiendo tener un nombre como la gente. Algo extranjero, como de aviso de perfume, Elizabeth, Michelle, o, si insistís en lo nacional, Alejandra. Pero Juana.

—Juana.

—De todos modos para mí seguirás siendo siempre Bochita, nena.

—Juana, asesina de mierda. Juana.

—¿Qué dijiste?

como un perro fiel

Estaba enamorado. Baboso. Por eso le habían dado un puesto envasando palmitos. No se daba cuenta de nada y seguía a Malvina con la mirada, con los pies, con los movimientos de su torso pero nunca con las manos. Ella pasaba, coqueta, dicharachera, hablando de farras, noches de quedarse en una terraza bebiendo caña quemada a la luz de la luna mientras los mosquitos se divertían picándola en las nalgas apenas cubiertas por sus exiguos shorts a lunares.

—Y entonces vino él y me dijo: ¿Quiere que le rasque? Llevaba unos guantes de cuero finito, blancos, con unos agujeros que me dejaban ver su piel pálida porque, como todos los ricos en ese país dormía de día para no exponerse a la furia de los criados que limpiaban la casa, le cortaban las uñas de los pies y le cepillaban los dientes con un alquitrán previamente desinfectado en la orina de cuatro vírgenes guardadas en un establo donde sólo bebían agua de Vichy. A ellas no las vi pero me llevará a visitarlas, estoy segura, porque ahora están ya muy viejitas para salir solas. Son las mismas que se trajo su abuelo del viaje por las islas y el mal de los riñones ya no les permite caminar. Entonces, yo le dije como quien no quiere la cosa: Sí, como no, pero no se saque los guantes porque eso sería demasiada confianza y nosotros, en fin, nadie nos ha presentado.

—Pero, ¿y él no sabía que todos sabemos quién es?

—Mirá que sos ignorante, no es por eso, era para demostrarle que tengo mi dignidad, mis standards de conducta. La cuestión es que yo creo que estaba acostumbrado porque me hizo una rascada total, con el cuero de los guantes rozándome con unas cosquillitas que me hicieron reírme hasta el hipo.

—¿Y se te presentó?

—eso no; me dijo que quería que anduviéramos despacio, el asunto de los nombres le parecía prematuro y como me rascaba cada vez mejor y los mosquitos se me metían ahora por todos lados, yo le juré que lo necesitaba con o sin nombre y no sabés cuánto nos hemos reído hasta que salió el sol y vino a buscarlo el chofer y yo me vine para acá.

Rubén escuchaba y se limaba las uñas porque en su vida había planeado una rascada tan detallada. Observaba cada uno de sus movimientos, se adentraba en los rollitos y, mientras cortaba palmitos los dejaba resbalar hacia el piso para levantarlos cuando alguien se lo recordaba y, sin ver cómo, los metía en unas latas que con unos dibujos de una mujer sonriente de ojos grandes y sombrero verde con bananas, llevaría la muerte instantánea a algún marido que en ese instante podría estar abrazando a una dulce muchachita en alguna parada de taxis antes de ir apresuradamente a un hotel. Rubén, ya lo saben, estaba enamorado y por eso recibía cada una de las evocaciones de Malvina, la gerenta, como un regalo.

Le alegraba la vida.

Se le ablandaban los callos. Le trinaba la panza con anticipación de bombones, de besos húmedos aún de su propio semen.

Esta mujer me hace cantar una tarantela.

Esta mujer

es la mujer de mi vida.

Cada mañana Malvina traía sus cuentos de mosquitos, cañas quemadas, adolescentes imberbes exhibiendo pijas erectas ante sus ojos desafiantes, ancianos deslucidos que le mostraban fotos insolentes tomadas hace años en algun país extranjero donde se los veía en posiciones vagamente comprometedoras para esa época, travestís disfrazados de monos y gorilas incapaces de recordar sus verdaderos nombres, una monja que descubrió en ella el cuerpo que podría haber tenido antes de jugar a las escondidas con el degenerado que la raptó a los ocho años para dejarla, hecha una mística en la puerta del convento a los quince. Cada mañana

y Rubén

esta es la mujer de mi vida etcéra, etcétera

hoy te llaman perdida

A algunas las quieren demasiado y a otras las dejan, desvencijadas, hechas una pelota, comiendo milanesas con papas fritas como si no existieran. Entran y salen del mundo sin dieta ni cirugía plástica, sin haber sido soñadas por nadie, sin que ningún idiota se abra la bragueta para pensar mejor en ellas. Una se pregunta y la otra le contesta pero no hay vuelta que darle. Son minas que existen como parte del paisaje, el peso muerto de una ciudad que nunca les dará la hora. Ella, en cambio está perdida y la buscan. Son las chicas del culto. No cejan ni pestañean.
Pero ni siquiera ella sabe quién es porque ahora siente que se llama Juana y está ocupadísima.

cuando te digo que sentí que se me venía el mundo abajo creéme

Querido Diario:

Hoy la señora Raquel me hizo una caricita en la mejilla y cuando fui a darle un beso me pegó con el latiguito colorado. No duele ni nada. Al contrario. Pero ella se reía, me mostraba sus dientes y había algo ahí que me asustó. No creo que haya sido el metal ni tampoco el aliento a cerveza. Fue cuando me dejaron encerrada y se llevaron mi ropa que me di cuenta de que habían estado tramando algo desde el principio. Hacía frío. Yo les pedí que me largaran y la mayor hizo como si estuviera de parte mía, me dio un puntapié para que la otra no se diera cuenta y mientras me guiñaba el ojo, dijo: quedáte tranquila, nena, que ya volvemos. Me tranquilizan, querido diario, las caras de los astrónomos con peluca que miro en tu carátula cuando escribo y si no hubiera tenido la certeza de que iba a volver para contarte todo esto creo que me hubiera muerto de una gripe allí mismo.

Me habrán tenido lástima o acaso fue una prueba. Volvieron después de una hora con el uniforme que tengo puesto y me prohibieron que volviera a hacer strip tease, me untaron con algo pegajoso y me dijeron que no podía sacarme lo puesto so pena de despellejarme.

¡Qué desilusión y yo que creí que eran mis amigas!

educación sentimental

Te vamos a proteger, querida, ya no habrán más espectáculos ni necesidad de mostrarte en público. Te quedarás con nosotras hasta que crezcas y podamos darte el papel que te corresponde. Lo decían con convicción porque, yo no sé lo que piensan ustedes pero yo creo que tenían buenas intenciones. Sobre todo y, de esto, queridas lectoras y escépticos lectores, no me queda la menor duda, no querían hacer olas. Simplemente habían descubierto que la discreción es la mayor virtud de una muchacha en vías de desarrollo y que el público había deteriorado su sentido moral al punto de que no podría convertirse

en una mujer de agallas,

una funcionaria, una portadora de latiguito, una madre de los humildes o encubridora de los ricos, maestra en un reformatorio o jefa de una sección importantísima y secreta de la interpol

su propio destino le estaría vedado sin estas protectoras experimentadas que, decididas a matar dos pájaros de un tiro, se dieron cuenta de que en lugar de seguir buscando infructuosamente a la de la cabina teléfonica y la del culto de eva, sería más fácil inventarla, uniformarla, educarla.

De todos modos, la nena era de piel rara. Era como si desde el comienzo la ropa había sido hecha para que se la sacara y aún después, desnuda, uno quería ver más. El público creía que sus mismos huesos, sus venas, sus músculos tenían algo distinto, algún secreto de nacimiento y pagaban entrada, suspiraban, auscultaban. Ella no lo sabía pero debajo de las axilas llevaba el olor a transpiración de cuando su padre, un muchacho disfrazado de bandolero, hizo el amor con una chica vestida de hawaiana una lluviosa noche de carnaval debajo del toldo de un club náutico al cual ambos habían entrado de contrabando. Lo llevaba sin percibirlo porque nadie huele nunca el vaho de su propia concepción pero los hombres y mujeres congregados para festejarla se daban cuenta de que había otros cuerpos en el suyo y, maravillados, pedían menos y menos ropa, la seguían con miradas canibalescas y, si las dos cómplices no se la hu-

bieran llevado, alguien la habría raptado. Pobre. Y acaso la última afrenta después de que todo fuera consumado: **Autopsia privada**.

Desde luego que a esta altura Raquel y Rosa apenas necesitaban hablarse. Se entendían con una celeridad pasmosa. Para confundir a la gente llevaban teléfonos celulares desde los cuales llamaban urgentemente a confiterías desiertas de sus épocas de estudiantes para hacer reservas en nombre de políticos en vías de ser detenidos por las autoridades. Los dueños aleccionaban a los mozos. Que mantuvieran total discreción. Que sacaran las masas más refinadas, que prepararan todo para una coima generosa, un premio por el cual el vicio pagaría para ocultarse y es así que cuando Rosa y Raquel entraban les daban la mejor mesa, las atendían como reinas porque sabían que enviadas por este o por aquel después del té vendría la gran sorpresa, el regalo que justificaría ampliamente que las invitaran a todo lo que quisieran. Y ellas, con miradas, algún guiño y pedidos de que las atendiera un mozo en vez de otro, se las arreglaban para que cada uno pensara que le habían dado dinero a todos menos a ellos de modo que cuando se iban, satisfechas de tantas delicias, dejaban la confitería plena de rumores, malos sentimientos y ganas de declarar en el juicio en contra de los políticos en cuyos nombres hacían las reservas.

Se trataba de una modesta campaña contra la corrupción.

Eran unas vanidosas

Unas luchadoras de pacotilla

La una con bombachas fruncidas

La otra con una colección de pestañas postizas heredadas del teatro al lado del cual había dormido durante años.

Escribían ahora en un periódico bajo el seudónimo de Fran Camufa editoriales llenos de una devastadora energía moral. Todo les parecía mal.

Los colores chillones de la ropa de las empleadas domésticas cuando salían en día domingo y los fúnebres uniformes de las internas de los colegios de monjas

los jueces que recibían pagos de las familias de los delincuentes para dejarlos libres y los jueces que pagaban a los inocentes para

que cometieran pequeños crímenes que demostraran su falible humanidad y mantuvieran el sistema judicial en pie

el amor de madre y el desamor de las jóvenes con respecto a sus madres

la paz que no permitía resolver conflictos de una vez y para siempre

el heroísmo de guerras entre contrincantes que ni siquiera hablaban el mismo idioma

Editorial tras editorial escribía Fran Camufa incitando a la indignación, el desaliento y la sospecha de todo bicho que camina. Mientras tanto, en la casa que habían alquilado la nena crecía debajo de su uniforme y la piel quería estirársele pero no podía, le tiraba debajo de la sarga gris y, cuando pensaba en su público un humilde flujo remoratorio se le escurría entre las piernas. Era lo más parecido al amor que sentiría en su vida. Ganas de crecer, sacarse la ropa, verles la cara, tenderse con ellos por la noche en un lugar fresquito donde se le curarían todas las llagas. Cuando lograba dormirse soñaba con multitudes que le tiraban besos, tenía la premonición de un desfile de hombres y mujeres vestidos de arlequines que se paraban frente a un palco desde donde ella, sin ropa pero con un inmenso abanico, los saludaba a todos sin ver a nadie.

¿cuántas veces deben decirse lo que ya saben?

—No me lo haga repetir. Hasta el cansancio se lo he dicho. Veinticuatro.
—Está bien, le doy una demás porque me cae simpática.
—Ni una más ni una menos. Veinticuatro.
—hay que estar realmente chiflado para querer veinticuatro uvas medianas, ¿no se da cuenta que yo igual no las vendo fuera del racimo? Las tengo que tirar. ¿Acaso cree que las puedo guardar para hacer vino? Eso, en Italia, mi viejo. El sí que no desperdiciaba nada; pero yo estoy acostumbrado a la buena vida, nada de hacer mermelada, usar la cáscara de la mandarina para perfumar el dormitorio, la cáscara de banana como un arma, las bananas maduras para hacer pan, las manzanas podridas para puré, nada de eso, yo, si usted se descuida soy mil veces más fino que usted porque hay que verla con esos brazos velludos que parecen de camionero y ese torso, que, bueno yo no se lo envidio pero hay tantos que levantan pesas para lucir así, no sé qué encanto le ven las chicas a hombres así pero de lo que estoy seguro es de que los muchachos no la quieren sacar al cine o a bailar con esos bracitos, vida mía, no se me haga la despreciativa. Yo le corto las veinticuatro pero déjese de hinchar las pelotas con ese aire de superioridad.
—¿Cuánto le debo? No me interesan sus opiniones, sus recuerdos del viejo italiano. Todo eso es pura parada como cuando se afeitó el bigote y me dijo que lo había hecho porque les había prometido a las chicas del culto que iba a posar de virgencita para la foto de su almanaque.
—de virgencita y usted, Juana, de niño Jesús, tenemos que adaptarnos a la época. No puede ser que sigamos con ese asunto de que el niño Jesús no pudo haber sido Jesusa; claro que si una mujer se muere soltera a los treinta y tres años es otro cantar. Por ahí, toda la historia nos hubiera venido distinta.
—que la crucificaron por no haber podido
—o no haber querido
—o haber querido demasiado

—¿No ve que estamos hechos el uno para el otro? hasta nos completamos los pensamientos en un rubro tan importante como es el de la religión.
—Y necesito una lechuga que no tenga más de diez hojas.
—Esta dieta la va a matar.
—Por lo que le importa.
—no sea así, a mí usted me fascina; anoche soñé que me hacía cosquillitas con los pelos de la barba
—si no tengo barba
—no se enoje, sobre todo ahora que se ha formado cola
—Tome nota de lo que lo digo. Estoy a dieta y no voy a someterme a las necesidades de su verdulería. Cuando le pido algo, usted me lo da, me cobra y punto aparte
—ya me voy a cobrar todo junto, no tenga miedo, no me va a estafar; a mí la única que me estafó fue mi vieja cuando se olvidó de ponerme un pico de oro para poder embaucar al pueblo como hacen los políticos.
—bueno, basta de tanta charla, estoy apurada, me esperan las chicas para continuar la investigación; déme todo así nomás que voy a dejarlo acá enfrente.

La dieta era severísima. Mañana tarde y noche. Una disciplina constante que la mantenía en estado de alerta. Ni un solo instante sin pensar en la comida porque tenía que alimentarse cada dos horas. Adiestrarse para vivir como un pajarito. Una vez que averiguara lo que tenía averiguar el peso de su secreto iba a ser tan grande que tendría que confesar que ella misma había sido la autora de la muerte de su padre para exonerar a su mamá que para ese entonces estaría viejita y ya su hijoputez no le haría mella sino que sería un dulce recuerdo, algo así como haberla visto de joven con energía y elegancia, entonces ella tendría que pagar por todos sus crímenes, los propios y los de su madre y la condena sería tan larga que tendría que vivir de miguitas, de lo que quedara en la celda después de que todas las otras hubieran comido y deglutido. *ESCLAVA*. Se pulía la pulsera y afectaba un aire desinteresado cuando miraba su nombre grabado.

Juana la esclava. Se erizaba de placer y anticipación porque tendría todas las pruebas necesarias para la abnegación final, después de la venganza, DESPUES DE TODO, y podría ser acusadora, hija modelo, verduga; le rechinaban los dientes, se le escapaba un pedo, anhelaba un sandwich de jamón en un pan untado con manteca de ajo traída especialmente de un bar alemán que quedaba en un barrio alejadísimo, alcanzable sólo por taxi en un día particularmente nublado sentada al lado de un tipo que se había levantado por la calle y que la miraba con un aire manso y calentón listo para cualquier cosa menos lo que ella tenía en mente.

JUANA ESTABA ADIESTRANDOSE
JUANA PURA DISCIPLINA
JUANA PURO CATECISMO DIETETICO
JUANA LA PINTA LA NIÑA LA SANTA JUANITA

(no me lo digan, a mí también me da un poco de asco; en el caso de ustedes acaso se trate también de envidia).

tengo las manos sucias de tanto pensar en ti

Rubén entraba y salía del baño subrepticiamente. No quería que lo vieran porque temía que se dieran cuenta de que ya no estaba rindiendo lo mismo en el envasado de palmitos. Era un hombre maniatado por sus fantasías. La veía deslizarse por un tobogán con las piernas abiertas para caer en una tina llena de pompas de jabón donde él la esperaba vestido con un traje brilloso de goma negra. La veía esconderse detrás de un mueble el día del cumpleaños de su abuela, jadeante y transpirada de tanta torta y velitas y él la encontraba tanteando en la oscuridad, confundido por el tul de su vestido y la repentina calidez de su cuerpo sin ropa interior. O era que la invitaba al cine con su mamá que en realidad era una prima disfrazada de señora mayor y se sentaban los tres, él en el medio y ahí ella se dejaba besar y toquetear mientras la otra le imploraba que le hiciera lo mismo. Era su maestra de jardín de infantes y la enfermera que le dio una enema el día de su primera borrachera. Era un muchacho que le tocó distraídamente el culo al bajar del colectivo. La veía con un traje ajustado pero también de monja en un coro navideño. Estaba en los ojos de su madre y en el andar de su tía la mayor. La veía a la salida y a la entrada de

mercados
cines
subterráneos
agencias de compra-venta
el hipódromo
la verdulería

a veces la veía en serio y entonces se abatataba, tenía una erección abrupta que se le iba en el momento en que Malvina lo miraba y le decía: *buen día Javier, qué lindo está el día, ¿no?*

la juventud tiene un no sé qué

MUCHACHA LLAGADA PRESTARA DECLARACION

Se anticipan aglomeraciones frente al hospital

En las últimas horas de la noche se dio a conocer una desmentida de la Secretaría de Protección del Menor. El juez Bergorrechea se negó a hablar con la prensa.

Algunos vecinos que prefirieron el anonimato sostienen haber oído quejidos provenientes del departamento 2 "C" en el cual fue hallada la muchacha por un dependiente de los almacenes "Don Berto".
Declaraciones del portero y de otros habitantes del inmueble permitirían localizar a dos sospechosas que alquilaron el departamento y abandonaron a la muchacha por motivos desconocidos.

****

Requisan un automóvil negro de marca alemana con chapa diplomática frente al edificio del Congreso. Se teme un incidente internacional

****

Diversos sectores del país manifiestan su repudio al tratamiento de la muchacha llagada.

Es imposible que esto suceda en esta época y en un país tan avanzado como el nuestro **manifestó la presidenta de la Nación en una entrevista exclusiva.** *Debemos acrecentar la lucha contra el abuso sexual. Este es un ejemplo que debe ponernos a todos sobre aviso,* **dijo Candelaria Güemes en el último número de la revista Avanzada.** *Nuestros sentimientos de compasión y solidaridad están con la víctima, le pedimos que encuentre las fuerzas para perdonar a sus agresoras,* **expresa el periódico de la diócesis de Santo Imageno.**

El Ministerio de Trabajo ha prometido la inspección de todos los hogares donde haya servicio doméstico con el fin de mejorar la situación de quienes trabajan a veces en verdaderas condiciones de cautiverio. *Yo no sé qué hacían con la chica, a veces parecían muy contentas las tres. Qué vergüenza sumada a nuestro fracaso futbolístico, a veces a uno le dan ganas de pegarse un tiro,* **nos dijo el portero del inmueble.** (*Más detalles en el suplemento a color del domingo. No se lo pierda.)*

—No, gracias. No tengo hambre.
—Pero si no te dejaron de comer. Dos semanas.
—Mejor así, el uniforme me duele menos porque no se me estira la piel.
—Pero te lo vamos a hacer sacar ni bien quieras.
—No quiero.
—Pero ¿qué vas a hacer?¿Morirte de inanición para quedarte con

esa porquería encima?¿Esas hijas de puta te amenazaron, te dijeron que iban a venir a buscarte si te lo sacabas? Acá estás entre amigos. Gente normal. Te queremos. No tengas miedo de decir lo que te pasa.

—Mire, yo quiero que me dejen tranquila. No tengo nada que declarar. No tengo miedo.

Quiero ir al baño. ¿Me dice dónde está?

—Pero si vas al baño te vas a deshidratar. Quedáte aquí con nosotros. Tomá un poco de agua y después te dejamos ir al baño.

—No, si no es para eso.

—¿Y entonces para qué es?

—Necesito un espejo. Tengo que practicar. Me parece que pronto vendrán los fotógrafos.

—Te aconsejo que le sigas la corriente. Debe de haberse piantado con el asunto del encierro y las llagas. Dejála. Que haga lo que quiera.

—Bueno, andá nomás; pero que no se te ocurra hacer nada raro, escaparte, algo así porque ahora estás bajo nuestra responsabilidad y si vos te vas, querida, tenemos que cargar con el fardo, así que con todo respeto, te vamos a mirar por el ojo de la cerradura; eso sí vos insistís en cerrar la puerta, aunque por reglamento está permitido, en tu caso me gustaría que la dejaras abierta. Por las dudas.

—No abierta no.

—Entornada.

—Tampoco.

—Pero entonces no vamos a dejarte.

—Si no me dejan les digo a los periodistas que estaba mejor en el departamento muriéndome de hambre, que extraño a las señoras y que ustedes me violaron porque les gustan mis llaguitas. Degenerados. Todo el mundo lo sabe. Todos menos yo hasta el día de hoy. Eso les voy a decir. Así que dígame dónde está que me están haciendo perder el tiempo y no ando para esas cosas. Disciplina. Les falta a todos y a mí me sobra.

—Ay que la nena tiene ganas de hacer pis y ahora se pone a amenazar a los agentes del orden. Pobrecita.

—Tené cuidado que deben de estar grabándonos. No la jodas porque buscan culpables y por ahí nos enganchan a nosotros.
—Bueno, ahí está. Vaya querida, vaya nomás a hacer sus ejercicios, su pis, lo que se le antoje en total secreto. A nosotros sólo nos interesa hacerle bien, que no siga sufriendo, proteger a los menores de este país que tan bárbaro se ha puesto, que tanto practica el desentendimiento del bienestar de jóvenes para no decir nada de los ancianos.

Siguieron con el blablablá sonándose la nariz, tratando de sacarse el gusto a sarro con caramelos de menta y riéndose de chistes que hasta ellos mismos habían olvidado. Ella, sentada en el inodoro, empezó con los ejercicios. Cerrar los ojos, practicar inmediatamente la mirada desorbitada cosa que era cada vez más fácil porque la delgadez le había agrandado las facciones. Quince veces. Y después la boca. Estado de reposo y en un espacio infinitesimal la sonrisa dulce con los ojos cerrados, concentrada en un momento feliz de la época del espectáculo. Un poco difícil porque esa parte le daba hambre. Apetito de una milanesa que se comía antes del trabajo. Pero ahí entraba la cuestión de la disciplina. Veinte veces. Las manos ya se las tenía amaestradas. Pronto estaría lista. Si hubieran esperado un poco más. Si la hubieran dejado una semanita. Tarado de dependiente. Todos esos que creen entenderme. Que se vayan a la mierda.
La leprosita.
La esclava.
La boluda.
La petisa.

¿vos sos o te hacés?

Incontinencia de su asco que se le escapaba por las orejas y le daba un gusto empalagoso a las palabras que le salían de los labios finitos labios para tocar el clarinete demasiada saliva para lo que tenía que decir. Manos escrupulosamente limpias, uñas acaso retocadas por una manicura de pelo oxigenado que planeaba dulcemente el asesinato de su esposa para que ella, con un delantal inmaculadamente blanco atendiera el teléfono en el consultorio: *El doctor Gutiérrez está en este momento con un paciente. Déjeme su número y lo llamaremos ni bien se desocupe.* En el baño. Con arcadas secas. Así se preparaba todos los días para el desfile de pacientes con diversos grados de necesidad. Miraba culos, senos, tanteaba vientres, vigilaba el avance y el retroceso de virus, bacterias, obsesiones que impedían la respiración, forúnculos y meros granitos en rostros avergonzados de adolescentes que le exigían una cura inmediata, algo que les secara esos insultos a la caricia antes del baile del sábado doctor doctor por favor, algo debe de haber y él se dopaba con un recuerdo imposible de haber tocado el piano en una playa justo antes de una tormenta que arrasaba con todo. La arena le hacía saltar las lágrimas de los ojos y al ver cómo se los restregaba algún paciente alarmado le preguntaba si era cierto que no le quedaba ninguna esperanza de vida y le aseguraba que un primo en estados unidos no cejaría en sus esfuerzos de conseguirle una consulta internacional qué alivio cuando el doctor Gutiérrez hablaba de su alergia al polvo de la ciudad y recetaba algún placebo para sacarse de encima a los testigos y seguir tocando el piano frente al mar sobre todo cuando arreciaba el viento trayendo un olor a iodo y a sal, una intimación de algas colándosele entre los pies desnudos, un escalofrío que lo mantenía despierto, alerta, cosa necesaria cuando, como ahora, se abre la puerta del consultorio y entran los dos guardias con Noemí:

—Aquí le dejamos a la llagada, Doctor. Esperamos su diagnóstico a la brevedad.

—Revísela nomás. No le haga caso a mi compañero. Tenemos tiempo de sobra. Hasta me traje los dados para que no nos resulte tan larga la espera. ¿A usted no le molesta, no?
—Que le va a molestar.
—No sé, yo pregunto por las dudas
—¿A usted también le ha dado conjuntivitis? Yo, mire sufro como una madre todos los años en esta misma época. Para mí que es la contaminación del aire.
—Muchas gracias. Pueden sentarse en la salita de espera. Ni bien terminemos les devuelvo a la paciente.
—Paciente, no. A mí me parece que no está enferma.
—De eso me encargo yo.

la tercera es la vencida

te espero en el hospital porque tarde o temprano también caerás como una chorlita y de nada te servirán tus cambios de nombre y de estatura
tus dietas
tu poder adquisitivo
te espero
divorciada de mis sueños
esta vez traeré una caja de bombones que me comeré delante tuyo

sorprendida tratarás de hacer un gesto decirme *me gustan los de chocolate* porque yo me acuerdo pero no te daré bolilla no te daré ni la hora no me privaré del lujo de ser envidiada antes de que lo intuyas sé lo que te va a pasar la estación el tren tu irte todo eso para este momento verte sin que me veas sin que sepas que soy la vecinita la espía y la amiguita que todavía te sonríe y no te perdona.

madre hay una sola

Querida Bochita:

Te parecerá raro que te escriba esta carta viviendo en la misma casa y todo eso pero de un tiempo a esta parte te noto muy difícil. No es que no me guste tu nueva manera de vestirte. Nunca tuve nada en contra de las mujeres con traje y corbata, hasta creo que les da un aire distinguido, algo de Marlene Dietrich, de Katherine Hepburn ni tampoco me molesta tu dieta ni tu vello ni que te hagas llamar Juana pero ¿por qué negarles el saludo a los pensionistas? ¿por qué llamarme la acusada? Bochita, yo no estoy de acuerdo con lo que me dicen aquí pero tengo que recomendarte que veas a un médico de la cabeza. Nos va a hacer sentir mejor a todos.

Con cariño,

tu mamá

****

SRA. MARIA DEL CARPIO:

Esta nota tiene como objeto pedirle que se presente en mi habitación esta noche a las 20:30 hs con el objeto de responder a algunas preguntas relacionadas con la muerte de su esposo, mi padre. Puede traer todos los documentos necesarios para que sus recuerdos sean fidedignos.

Juana Carpio

****

Querida Bochita:

Por favor. En vez de encontrarnos en tu habitación te pido que seas una muchacha normal y que vengas a cenar con nosotros en el comedor. Los pensionistas han hecho correr rumores sobre tu salud mental y tengo miedo de que se vayan temerosos de que hagas algo que los ponga en peligro. Vení a comer y después hablaremos de lo que quieras. Estoy preparando una tarta de palmitos especialmente para vos, ya sabés cómo le gustaba al finado que en paz descanse. La última semana me la hacía preparar todas las noches.

Hasta esta noche querida.

mamá

****

ese hombre tiene voz de ingle huelo sus piernas el vello no necesito palparlo corroborar porque oigo su voz en el teléfono y no puedo resistirla es como si nunca me hubiera ido por eso cuando pregunta por Matilde Felipa no quiero contestarle aunque ya me achico y de nada servirá decirle que lo maté y estoy purgando el crimen bajo ese nombre y todos los demás de nada servirá porque estoy detrás suyo en la cola otra vez y ahora ya me veo boquiabierta jadeante envuelta por su voz ***arrastrada*** *por esa furia ciénaga espanto tiene voz de bragueta áspera con un cierre que tarda en correrse voz de esquina y de zaguán es un impostor como el otro quiere hacerme desaparecer deglutirme bautizarme para que yo también huela ya a su voz a sus costumbres a la manera en que me acaricia la cabeza cuando me arrodillo*

III

¿de qué se las da?

—¿Te duele cuando te toco?

—Estoy acostumbrada pero no hace falta que se esfuerce, la cola que me pusieron es a prueba de forcejeos.

—¿Vos sabías que te iban a hacer esto? ¿cómo lograron untarte tan parejo? con un movimiento aquí y otro allá hubieras podido impedir que el uniforme se te pegara tanto al cuerpo, dejarnos un resquicio para que te lo pudiéramos sacar.

—A mí no me importa, si total a nadie le interesa saber lo que tengo debajo ahora.

—Vos te estás haciendo la loquita para que te pongamos en una de esas clínicas donde te dan pildoritas que te alegran o te hacen dormir o caminar como una sonambulita por los pasillos entonando rondas infantiles. Pero estás muy equivocada porque yo no soy de esos, por eso te trajeron aquí. Saben que no voy a abandonarte antes de cerciorarme de que te podemos archivar, que no te queda ninguna esperanza.

—Míreme, míreme todo lo que quiera que no va a averiguar nada.

—Quedáte acá sentada que voy a hacer calentar el agua en la bañadera, te damos una inmersión en vapor y vas a ver cómo se te despega el uniforme. Vas a quedar como nueva. Hay minas que vienen acá simplemente para eso. Les hago el peeling, quedan en carne viva pero vale la pena porque logran estremecerce cuando las toca el marido y esa es una cura milagrosa para matrimonios resecos por la costumbre. No sé por qué insisten dale que te dale con el mismo. Veinte. Treinta años. ¿Qué remedio les queda? Si no hay divorcio, peeling. Y vuelve el drama de las caricias prohibidas. Ahí no porque me hace mal y entonce los ñatos se excitan más y a ellas empieza a gustarles; llegado el momento la mayoría me dice que les encanta. No sabés cuántas vuelven una y otra vez. Este asunto del uniforme y la cola no está mal, me ahorraría un platal en máscaras humectantes, cremas, todo eso.

—El loco es usted. A mí esto no me hace ni fu ni fa. No tengo marido. Si me estremezco es porque siento que me hace falta aire fresco. Llevo días, meses, acaso sin ver la luz del día ni tomar aire libre. Quiero respirar.
—¿No te dejaban salir? ¿Te tenían prisionera?
—Tanto como prisionera, no. Pero entre el espectáculo primero y las señoras después, yo no respiraba y veo que tengo ganas. ¿Nunca ha pensado en lo lindo que sería ir a la playa? Usted debe tener auto, todos los médicos tienen auto. Vámonos a una playa desierta donde seamos los únicos en respirar ese aire. Una playa sin turistas, sin chicos, sin sol, sin carpas ni kioskos ni bebidas gaseosas. Una playa de mierda. Ahí quiero ir.
—Podría enamorarme de vos.
—Indudablemente. Todos se enamoran de mí. Por eso quisiera respirar un poco antes de tener que concentrarme en ese tipo de cosa.
—Bueno, voy a dejar entrar a los guardias y les voy a decir que quiero tenerte en tratamiento preventivo en mi consultorio hasta mañana a la tres de la tarde.
—Mire, doctor, perdone la intromisión pero nosotros acabamos de escuchar toda la conversación que tuvo con el engendro.
—Pero, cómo se permite tamaña insolencia… espiar a un médico.
—Vamos, no se haga el puro que usted es como todos y sabe cómo se hacen las cosas en este país. Acá comemos porque tenemos oídos para escuchar y billeteras para que si te he visto no me acuerdo. Váyanse donde quieran. Pero este es un asunto que se las trae y necesitaría una contribución fuerte para mi colega y para mí que nos permitiría, en fin, haber perdido a la jovencita llagada en el tráfico o en el bosque o en circunstancias no aclaradas.
—Digamos que se volvió loca y se tiró al río. O que finalmente apareció su familia y se la llevó a un internado suizo donde le enseñarán idiomas, a comer langosta, practicar esquí con una campera blanca con capucha de piel. Cómo nos van a gustar las fotografías que nos mande hasta que, horrorizados, al mirarlas con atención, descubramos que aún tiene el uniforme. Pobre llagada, encorvada debajo de su ropa de deportes satinada.

—Me gusta cómo hablan estos hombres. Ya llegará el momento en que podré agradecerles lo que han hecho por mí. Por ahora, quiero dejarle una liga de oro que me dio la señora. No la vendan. Es simplemente para que me la muestren cuando vuelva

PORQUE VOLVERE
VOLVERE A BUSCARLOS
QUERIDOS GUARDIAS
QUERIDOS PROTECTORES MIOS
HOY LLAGADA
HOY UNIFORMADA
VOLVERE EN ROPA DE ESQUI
VOLVERE EN TUTU
CON UN TAPADO DE ARMIÑO

Volveré a comer polenta, a hacer un asado.

—Mire que me hace saltar las lágrimas.

—No, nos dé nada, doctor. Llévesela, que ya ha sufrido suficiente. Hágala feliz. Nosotros nos encargamos del consultorio. Si total, nadie se va a dar cuenta. Ni remedios quedan en las farmacias. Que haga su vida. Pobrecita llagada.

—¿Querés tocármela?

—¿Tocar qué?

—La llaga del corazón

—No me atrevo, me da no sé qué.

—Yo sí, me va a traer buena suerte.

—Momentito. Son veinte pesos.

ni me va ni me viene

Se besan en las noches de luna. Están acostados en una hamaca y él ya no necesita de mosquitos amaestrados para rascarle las nalgas ni ella usa shorts provocativos. Ahora ya anda desnuda con unos tatuajes que simulan un traje formal de tweed con botones negros y una falda de secretaria. Pero él sabe que como todas las mujeres en la isla se ha desnudado para él y entonces la acaricia como si amasara fideos, la modela y se la come cuando está lista mientras ella gime algo que cree es su nombre porque no se ha presentado aún. No quiere comprometerse. Un hombre en su posición está preparándose para algo distinto. Un hombre en su posición requiere un anonimato escandaloso para sus amoríos pero ella se hace la que no lo sabe y acostada en la hamaca actúa como si estuviera vestida y le dice: no me arrugues el cuello o se me acaba de arruinar el pliegue de la chaqueta y él, arrobado por la voz y sus cuidados no protesta, le dice que ya está, que sólo un rato más pero se queda y sigue adelante porque ahora sabe que detrás suyo está Rubén, el melancólico, que todo lo registra pensándose invisible. Un día de estos, se dice Rubén, una noche de estas, los convido a comer palmitos pero el otro sigue y ahora, erguido sobre ella mirando de frente a Rubén, tiene un orgasmo ruidoso y desordenado.

muñequita linda/de cabellos de oro…

GUARDIANES DEL ORDEN DENUNCIAN DESAPARICION DE LA MUCHACHA LLAGADA.

****

—Mire, yo siempre quise una nena. Los varones son tan aburridos. Las nenas, se supone, una compañía para la madre. Que vaya con una a hacer las compras, que le cuente secretitos, pida consejos, la imite en su manera de vestir.
—Sentirse admirada por una nena justo cuando los hombres empiezan a dejar de interesarse.
—Y que digan *parecen hermanas.*
—Pero al fin de cuentas son mujeres como todas las demás.
ENVIDIOSAS
CHISMOSAS
GASTADORAS
—dale con eso otra vez; mire a veces usted me hace acordarme de un hermano mío pero, claro, a él le gustan los tipos. No se da cuenta pero le gustan los tipos.
—¿No se da cuenta?
—Y no. Desde siempre los seguía con la mirada por la calle, les criticaba las minas, iba al fútbol, les contaba todo lo que hacía con la novia, tomaba cerveza le hacía la vida imposible a todas menos a mi madre que creía que era un santo y hasta el día de hoy no entiende que si le mete los cuernos a su mujer no es culpa de ella, la pobre, tan hacendosa aunque, claro, con todas esas humillaciones se ha dejado un poco y hasta parece que merecería lo que le dan.
—Dejarse no.
—Pero con lo caras que están las cosas, si comprarse un lápiz de labios son palabras mayores.

—Mire no hace falta tanto maquillaje. Yo creo que con una alimentación balanceada y ropa limpia es suficiente, sobre todo a nuestra edad donde hay algunos que empiezan a oler mal.
—Doy gracias dios por haber encontrado esta pensión. Nunca falta nada. Será cara pero usted es una dueña excepcional.
—Dígaselo a mi Bochita. No sé qué le ha dado, con este asunto de llamarme la acusada, escribirme cartas y todo eso. No tuve más remedio que decirle que me presentaría esta noche.
—¿Y va a ir sola? Yo creo que lo mejor es que estemos los pensionistas, digo por las dudas.
—¿Para qué? No me diga que cree que la nena me va hacer mal, me va a atacar. Hay tantas que se cambian el nombre, tantas que se ponen a dieta y lo del vello, bueno, es una cuestión hormonal que la pobre no controla. A mí, personalmente, me alegra que haya adquirido personalidad, que se haga la firme y hasta creo que el verdulero le está tomando cariño. El sueño de mi vida es que se case con alguien del barrio, tener nietos, llevarlos a la plaza. Ahí sí, le aseguro, vendo la pensión. Mis nietos van a ser lindos como era ella cuando chica. Una muñequita.

nuestro amor/más que amor/ es un castigo

Pascual Domenico logró levantarse solo del suelo donde ella lo había dejado después de pegarle el tiro, pensando que lo había matado. Llamó a un taxi y se fue al hospital más cercano donde aseguró que él mismo se había infligido la herida limpiando un arma. En un par de días quedó como nuevo y empezó la búsqueda que ahora, al cabo de dos años, tres meses, cuatro días y un minuto culminaba en esta llamada.

—No me importa que estés irreconocible.

—tengo un juicio pendiente

—pero, mi amor, si no sos abogada.

—no es eso, soy fiscal y hoy tengo que presentar los cargos.

—te busco desde hace tanto y no puedo esperar, no puedo aceptar que me digas que ahora que te he encontrado no nos vamos a ver.

—he cambiado; soy otra.

—un tesoro como vos no cambia, sólo mejora

—tengo otro nombre

—lo del nombre es lo de menos, ni te lo voy a preguntar, cosita de papá

—pero te digo que te vas a desilusionar

—alzarte otra vez, llevarte al dormitorio; te hice un banquito labrado con nuestros nombres para que puedas encaramarte cuando tengas que sacar la lata de tomates de la alacena para hacerme ese tuquito que me vuelve loco

—tuquito del domingo

Fue una conversación depilatoria. A Juana empezó a caérsele el vello y si no hubiera tenido la presencia de ánimo de cortar a tiempo hubiera terminado tropezando con la botamanga del pantalón ya demasiado largo para caminar rápido. Pero se animó y sacándose un pedacito de lechuga que se le había colado entre los dientes, salió raudamente a la calle, a respirar, re-encontrarse con el viento y la lluvia. Pascual Domenico le cantaba una balada en las tripas; le daba ganas de comer queso de ricota, ñoqui, un bife. La voz de Pascual Domenico le decía que estaba despeinada, que debería resfriarse para que él pudiera cuidarla y cuando estuviera fuerte y ya se

quisieran con un amor incuestionable y tranquilo, ella sería libre de encontrar nuevamente la pistola, entrar al cuarto, pegarle un tiro, robar la llave de la puerta y dejarlo en el piso desangrándose.

Intoxicada por ese futuro algodonoso y circular se sostenía los pantalones con manos desparejas, sin importarle ya que la vieran perdiendo estatura o que el verdulero dejara de darle la mejor lechuga del carrito. Como era frecuente, las chicas del culto de Eva pasaron a su lado sin reconocerla. Iban cantando fanfarronadas, haciéndose las chifladas, porque esa semana les tocaba a todas el momento de tensión premestrual y por receta médica debían entonar himnos especiales para la ocasión. Una murga de muchachos las seguía con panderetas, cascabeles e invitaciones a bailes en casas oscuras donde el padre de uno de ellos, un señor bajito y panzón, contaba billete tras billete sentado en una mesa de mármol con un vasito de leche chocolatada a su izquierda.

¡siameses!

De noche cuando se acuesta no puede cerrar la puerta porque tiene la ilusión de que ella va a decidir irse y no va a encontrar la llave. Está harto de los adornos que ha traído al cuarto. Harto de sus escenas de domesticidad y de los ojos en blanco cuando habla de la madre que era una santa. Cuando vivían en piezas separadas se espiaban, reinterpretaban cada ruidito del otro como una señal, intuían sus sueños y por la mañana, al lavarse la cara, tenían la curiosidad de la temperatura de las mejillas del otro, la intuición de sus movimientos y una pasión incondicional por todo lo que tuviera que ver con su modorra, su dejarse estar sobre la almohada.

Viven resfriados porque entran corrientes de aire, sobre todo en invierno, pero también ella espera algo de la puerta abierta y no se atreve a decir *hace frío quiero estar calentita adentro.* Rubén y Marta son amantes pensativos y calculadores. Tienen siempre una actitud alerta, están listos para abrirse con la primera posibilidad que surja. El, ya lo sabemos, está enamorado de la tonta y cosquillosa Malvina. Ella nos irá revelando su vida de a poco porque se le aparece en estertores. Trabaja de secretaria en un circo que llegó de la India y decidió quedarse siempre un día más hasta que caducaron todos los pasaportes y los permisos para transportar animales. Los setenta y cinco inmigrantes ilegales que componen el circo son sus patrones. Por eso ella está muy satisfecha de su trabajo. Gana poco pero los extorsiona a gusto por cualquier cosa. Es una secretaria con ínfulas. Una mina con el acelerador sin usar pero puesto, que en cualquier momento puede sacarle el caramelo de la boca a cualquiera de sus patrones. Si eso no es el poder, díganme ustedes, arrogantes lectores de novelas, qué.

Comuniquémonos

Querido diario:
¡Al fin un momento para hablarte! El doctor Gutiérrez es muy distinto de las señoras. No quiere nada de mí. Es como si se hubiera olvidado de que nos vinimos juntos. Se pasa todo el día paseando a la orilla del mar aunque llueva. Llevamos ya siete días en esta cabina. No me habla pero me lleva consigo y no me ha dejado un momento sola hasta hoy. Creo que tiene miedo de que me escape. Si supiera que no tengo adónde ir. Anoche me puso un pulóver suyo sobre mis cobijas y me pidió que lo usara encima del uniforme para que no me resfriara. Pobre, no se da cuenta, de que a mí nada de eso me afecta. Pero yo igual se lo agradecí y hoy me lo voy a poner y voy a tratar de hablarle porque creo que es un médico muy correcto aunque me da no sé qué cuando empieza a jugar con los dedos de los pies después de sacarse la arenita que le queda de la playa. Es lógico que yo no pueda bañarme. A mí me parece que él, como hombre de ciencia debería hacerlo. Por lo menos es lo que me enseñaron en el colegio.

****

Editoriales

¿Cómo reaccionar frente a un grupo de corruptos que miente acerca de todo? Hoy el teniente Fontana negó rotundamente que estuviera involucrado en la desaparición de la menor tristemente conocida como la llagada. El comisario Rekiewicz corroboró sus declaraciones con documentación que demostraría que el teniente Fontana y su compañero se encontraban en la seccional fichando el archivo de niños huérfanos que debe ser actualizado por ley antes del fin del corriente año. Sin embargo, el testimonio de más de una

docena de testigos oculares no deja lugar a dudas: la muchacha
desapareció mientras estaba bajo su protección en el consultorio del médico.

En la actual atmósfera materialista y antipatriótica las peores conjeturas vienen a la mente:¿la han vendido a un circo extranjero para exhibirla? ¿ha sido raptada por un grupo guerrillero para ayudarlos como rehén en su causa antipatriótica?

Exigimos una respuesta. Todo ciudadano, ciudadana y niño debe acudir a la cita. Manifestemos nuestra indignación ante el silencio oficial mañana a las once frente al Palacio Gubernamental.

Fran Camufa

(Diario La Provincia)

****

Resulta ridículo que en este momento de serias privaciones y cambios en la política económica en nuestro país se incurra en tantos gastos para localizar a la llamada muchacha llagada. ¿Por qué interesarse en una lúgubre historia de barrio? ¿Cuántos huérfanos en nustro país han sido abandonados a los caprichos de los adultos por padres irresponsables? Evidentemente el interés expresado por fuentes gubernamentales es un modo de crear una cortina de humo que no nos deje darnos cuenta de los errores en la conducción del país.

Digamos no a la confusión y al sensacionalismo. Dediquémosnos a las verdaderas tareas de la ciudada-

nía. Todos sabemos que son las que se realizan en el hogar, en la tranquilidad de nuestras ocupaciones y en la transformación de la sociedad por el ejercicio democrático del voto. Ciudadanos: volvamos a nuestras casas. No manifestemos ni les hagamos el juego a las fuerzas diversionistas. Tal es nuestro deber. En la inacción está nuestra fuerza.

Fran Camufa

(Diario Jornada Capitalina)

****

Cartas de lectores a la Revista Ciencia, Sociedad y Moda

Los recientes acontecimientos en torno a la desaparición de la señorita Noemí ponen de relieve la necesidad de abolir completamente el uso de uniformes para tareas civiles. Expresamos nuestra condena a los actos de agresión cometidos contra su persona e instamos a un boicot de las multinacionales que con sus productos ponen en peligro nuestras más caras tradiciones.

Lic. Francisco L. Mendieta
Gerente General
Sociedad Nacional de Empresarios del Vestido

Rosa María Montaner
Presidenta
Cámara Nacional de Empleados de Comercio

****

Cabe en primer lugar preguntarse qué hacía esa muchacha en un departamento con dos mujeres maduras no relacionadas con ella por parentesco. No confundamos a las verdaderas mártires de nuestro país: las mujeres que viven como lo ha ordenado Dios, atendiendo a la paz y la armonía familiar con una perdida que a pesar de su juventud es un ejemplo de todas las fallas morales de nuestra sociedad.

Dr.Alberto Bignotazzi
Enfermedades de la piel y el cuero cabelludo.

****

Deseo usar sus páginas para enviar un mensaje de amor a la muchacha llagada. Yo también soy leproso y vivo escondido debajo de mi ropa. Un día nos encontraremos y seremos felices.

Anónimo
****

Los abajo firmantes deseamos asegurarle a la señorita Noemí que puede volver a su patria y dejar a los captores que seguramente la tienen engatusada con promesas de mejor vida en un país extranjero con costumbres bárbaras. Juntos lograremos hacer desaparecer sus llagas en el complejo balneario que hemos nombrado en su honor y donde siempre habrá un bungalow libre para ella.

(ciento cincuenta firmas)

Asociación de Hoteleros
Balneario La Llagadita
****

AVISO A LA POBLACION

La señorita Noemí Gaviria alias la Leprosita alias La Llagada puede estar infectada con una enfermedad altamente contagiosa aún no diagnosticada. Se ruega notificar inmediatamente a las fuerzas del orden si se la ubica. Debe evitarse todo contacto físico con ella así como cualquier acción que permita inhalar el mismo aire que respira.

DEFIENDA SU SALUD HAGA PATRIA

Limpio a la mañana y a las dos horas ya hay polvo otra vez

Marta teclea en su máquina de escribir. El circo ha entrado en crisis. Los animales están viejos y hastiados de niñitos que les tiran maníes y se sacan fotos poniendo cara de feroces viajeros que emprenden un safari. Los trabajadores ilegales se han enamorado, traicionado y vuelto a juntar tantas veces entre sí que ya se han olvidado de a quién llamaban su primer amor y viven ahora todos juntos en una vida conyugal de ameba. Poco les importan las extorsiones de Marta. Todo le dan y hasta les gusta porque eso les permite llamarla **su excelencia la prestamista** cuando ya no pueden más y van a pedirle que les deje mirar esa foto de su mamá o de la tía o del primer león nacido en cautiverio que a ella se le ocurrió sacarles un día por puro capricho o un alicate porque con el frío a los elefantes se les ha resecado la piel y cada vez que hay que limpiarlos se les quiebran las uñas. Teclea que teclea las ofensas, las deudas, los atrasos, transpira y se seca gotitas de sudor de la frente no sea que se le arruine la lista no sea que pierda el inventario habrá que comprar una computadora habrá que modernizarse sobre todo ahora que hay niños y que los setenta y cinco ilegales originales se han duplicado y pronto su número crecerá aún más. Son como conejos desde que no hablan más de amor. Se reproducen porque sí, para encontrar un espejo, una caca de este país, dar de mamar una leche sin nostalgia de esas noches de luna en que consultaban un horóscopo que les decía que no deberían partir a un lugar lejano donde se habla un idioma brutal de vocales abiertas y consonantes insolentemente pronunciadas como se escriben. Abnegada, la llama Rubén porque ella no le ha dicho que tiene un depósito secreto con cada objeto debidamente etiquetado. El no sabe que los ilegales trabajan desde hace tiempo recomendados por ella en oscuras fábricas cargando y descargando paquetes pesadísimos pero levitantes gracias a su contenido de hongos

milagrosos que cambian el ánimo de adolescentes que entregan sus vidas a cambio de un viaje acelerado a un sitio de fuegos artificiales y plumas de colores. Nos gustaría pensar que si lo supiera, se indignaría pero la verdad es que Malvina lo tiene completamente seducido con sus caderazos, su poderoso olor a hembra enamorada y no tiene tiempo para pensar en nada que no sean los trámites necesarios para cambiarse de nombre, ser Javier. Qué falta de delicadeza decirle: soy Rubén señorita porque no querrá dejarle saber que él sí se acuerda de que ella es Malvina. Mejor Javier. Mejor arreglar los papeles formalmente para que cuando se casen ella no se sienta mal. Entretanto, Marta junta una poderosa fortuna y pronto tendrá que hacer sus propios planes porque a los ilegales no les gusta trabajar para una mujer con pinta de pobre y a pie. Habrá que conseguir un automóvil, hacerles ver que su poder se asienta en dinero, pasarles unos aguinaldos, regalarles algo para los numerosos bebés, emprender, acaso una campaña para la presidencia o una gobernación. Después de todo hay amenazas de que se cambie la ley de inmigración y si les dan visas a estos intrusos se acabó lo que se daba.

Rubén la espera con los brazos abiertos. Hoy ha visto los talones de Malvina de cerca. Se le había caído un palmito justo cuando ella pasaba a su lado y tuvo que levantarlo enseguida para que no tropezara. Hasta olió su bronceador mezclado con la loción para repeler mosquitos y se dio cuenta de que esa noche no se encontraría con el hijo de puta de su galán. Nada de rascar. Era fundamental que adiestrara sus dotes amatorias porque una vez que Malvina pudiera deshacerse de la frecuencia de los abrazos del otro sería cuestión de ayudar a la casualidad y hacerla suya. Marta llega al cuarto un poco cansada con la cabeza llena de números y siglas de compañías fantasmas en las cuales lava el dinero de los paquetes levitantes. Cuando él la besa ella siente una urgencia nueva, algo que penetra su distracción y sus cálculos. Por cortesía antes de desvestirlo le dice

te quiero mucho y no oye cuando él le dice *yo no* debido a que cuando le mordisquean la oreja ella parte raudamente hacia el cine donde su primer novio le enseñó todas las cosas que los años la ayudaron a olvidar.

Los trabajadores de la fábrica de palmitos han comenzado a leer noticias del exterior por el correo electrónico de la computadora de la compañía. Mandan a un delegado que les cuenta los resultados de los partidos de fútbol, los avatares de las visitas del papa y, sobre todo, los escándalos provocados por las chicas del culto de eva que andan mordisqueando toda manzana que encuentran debido a que consideran sacrílega su venta sin mención previa de ella, la buscada, la admirada, la señora del tapado reversible.

La gente adora a las chicas, a las que tienen aparato de ortodoncia pero también a las de dientes perfectos o cariados, a las culonas y a las flacas. Quieren hacer algo. Una colecta. Pero saben que ellas no aceptan dinero, sólo pistas y concursos de clarividencia que les permitan avanzar en su tarea. La historia de Noemí no les conmueve. Estúpida. Tiene toda la culpa. Dejarse uniformar. En eso están de acuerdo. Veintemil muertes en un año. Veintiunmil en tres mes y así crece el número de afectados por el botulismo. Son los palmitos. Son los palmitos de esta fábrica de envasados. Lo dicen las autopsias. Conversaciones interrumpidas. Sorpresa. Claro que no tenían mucho cuidado, claro que no pero lo hacían bajo expresas órdenes de arriba. Y ahora iban a tener que cantar. Lo anunciaba el correo electrónico y mañana estaría en todos los diarios cuando la policía los estuviera interrogando a todos. Uno por uno. Boludos. Distraídos. Enamorados. Asesinos.

Esa tal Juana que hizo la denuncia debe de ser una piantada. Una paranoica. Seguro que encontrarían suficientes siquiatras para declarar que todo esto había sido una terrible equivocación motivada por esas noches de luna, los mosquitos, la esclavitud pringosa de todo corazón sensible.

acaso te llamaras simplemente maría

—No. Acá no hay ninguna Matilde Felipa. No insista.
—¿Esta foto no le dice nada?¿Y esta otra?Estamos posando frente a una cabina telefónica. Claro, a usted le parece cualquier cosa, incluso no habrá notado que se trata de una cabina; la gente se olvida de los detalles pero para nosotros era un lugar muy importante. Mire, a veces cuando la miro y pienso en ella quién sabe dónde, perdida en la multitud porque es petisita, se da cuenta. En esta está clarito. Me llega apenas al hombro y cuando se ponía mimosa era como si encogiera.
—Se ve que la quiere mucho, pero qué quiere que le haga. Aquí no está. Sin embargo la cara tiene un no sé qué. Me resulta conocida. Déjeme ver un poco más. ¿Flores en la cabina? Lo que son las ilusiones ópticas. Hubiera jurado que estas son flores. Tulipanes. Debe de ser el reflejo del estampado de algún vestido, qué sé yo. Se ve dulce la Matilde, si no fuera por la altura y ese cutis tan delicado le diría que se parece a mi hija, la Bochita. Era una dulzura y ahora está hecha una fiera, lo que es la vida y usted con la Matilde que se le fue y no le escribe ni nada.
—Pero sé que está aquí. Hablé por teléfono con ella y todo. Exijo que me dé la lista de pensionistas.
—Eso no. Es privada. Nadie quiere ocultar nada, entiéndame pero esta es una pensión discreta. A nadie le gusta que vengan a husmearle la vida, sobre todo en este país donde una vez que a uno lo encuentran inventan algún motivo, le adjudican un robo aquí, un contrabando allá y últimamente con la moda de la llagada, delitos contra menores y la salud pública. Olvídese. La lista no se la doy.
—Esto le va a hacer cambiar de opinión. Es la misma pistola con que Matildita me quiso partir el corazón pero yo le garantizo que tengo puntería y la amasijo.
—¿Le pegó un tiro? Y usted la busca. Eso es lo que se llama amor. Ojalá mi finado hubiera visto la vida con ese romanticismo. En vez, dale que te dale con la cocina y la tarta de esto y el puchero y el guiso y esa obsesión con los palmitos por la que doy gracias al cielo pero eso es otro cantar. Mire deje de apuntarme que soy una pobre

vieja y por ahí me muero de un ataque al corazón antes de que usted encuentre a la petisita y podamos celebrar. La lista no se la voy a dar pero podría invitarlo a cenar y participar en el juicio esta noche. Me van a hacer falta amigos.

— ¿Un juicio? ¿Está segura de que van a venir todos los pensionistas?

—Segurísima. Nadie falta a la hora de la comida y, además, tienen interés en ver qué va a pasar.

Conversaron, se mesaron los pelos, lloraron. Cada uno interesadísimo en su propia circunstancia. Cada uno con la esperanza de que el otro erigiera un monumento a su sufrimiento ejemplar. Porque amaban. Ella con el amor de madre que había aprendido del cine, de la televisión y de espiar a una vecina que recibía a su sobrina soltera todas las tardes para tomar el té. Así tendría que haber sido su vida. Cuanto más lo pensaba más lloraba. Compañía. La verdadera compañía de una hija soltera que toma el té con su mamá siempre a la misma hora excepto cuando la mamá, atractiva, glamorosa, vestida de satén, no ha podido desligarse de los brazos de un amante de bigote negro y dedos excesivamente delgados con un anillo que le robó al jefe de un cartel de narcóticos, entonces la hija espera sola y pensativa porque para ella no existe nada mejor que el amor de madre y como lo sabe desde siempre no busca en otros lados, no viaja, no se equivoca ni le hace pasar vergüenza a nadie. Una chica piola que siempre se acuerda de los cumpleaños de la mamá y sus amigas con regalos que ha hecho con sus propias manos. La han criado bien dicen todos; su perfección nos hace saltar las lágrimas. Pascual Domenico también lloraba por motivos clarísimos, un amor que mata. Afilado, vestido con un traje cruzado a rayitas, nos emocionaría más si tuviera mejor aliento.

te llamabas rosicler/ como el primer rayo del día/ y en el lirio de tu piel/ todo mi ser se perfumó…

—Apague la radio. Esa música me pone triste. Es como la que escuchaban en mi barrio cuando era chica.
—¿Y no te gusta acordarte de cuando eras chica? Soy mayor que vos y por ahí se me mezclan un poco las cosas pero es lo único que realmente me gusta. Acordarme o hacer como si algo hubiera sucedido. Por ejemplo ahora que estamos en la playa estoy seguro de que soy un pibe de cinco años jugando con una amiguita y por eso no quiero que sea a las escondidas, no quiero correr el riesgo de que te vayas y yo me quede aburrido y solo pero cuando me mirás como lo estás haciendo ahora me desilusiono inmediatamente porque no ponés cara de nena sino de mina vista, mirada por muchos y eso te desgasta, le saca el gusto a la cosa.
—Yo no vine acá a jugar a las escondidas. Quería escaparme por un rato para poder seguir haciendo los ejercicios que las señoras Rosa y Raquel me recomendaron. Los tengo muy perfeccionados pero me temo de con tanta charla estoy perdiendo la práctica y entonces sí que me quedo uniformada para siempre.
—Estaba seguro. A vos tampoco te gusta este uniforme. Dejame sacártelo. Hasta te prometo que te lo hago sin que te duela.
—Usted no entiende nada. Lo que yo tengo no tiene nada que ver con lo que se enseña en la facultad, los experimentos con cadáveres o qué sé yo de esas cositas en formol que debían usarse en su época de estudiante de medicina porque usted ya lleva unos añitos, no le digo que sea viejo, eh, no me malinterprete que a mí me gusta observarlo cuando salimos a caminar por la playa y la boca y la nariz parece que le cambian de forma y hasta a veces creo que puedo sentir cómo es el aire que usted respira porque para mí no hay tanta diferencia, sabe. Me desilusionó un poco esta playa. Yo me la imaginaba distinta.
—Sos una piba muy rara. A tu edad nadie quiere cambiar de aire. Esta playa tiene todo lo que necesito pero si querés nos vamos a otro lado. Llamo al farmacéutico, le pido que alterne los remedios

entre mis pacientes, total son todos deshauciados.Hace años que vengo haciéndolo. Están tan acostumbrados a alegrarse por tener un día más que tomarán mi ausencia como una vacación. Vamos. Te quiero sacar de aquí, pero dejame ayudarte con el uniforme.

—No necesito ayuda. Acaso solamente para llamar por teléfono a las señoras, decirles que estoy bien.

—Esas criminales. Andá, llamálas por teléfono y así finalmente las ubican y les dan su merecido. Es una buena idea. No podrán culparte de haberlas delatado.

—Me trata como si fuera estúpida. La única ayuda que preciso es una moneda para hablarles y dejarles un mensaje en un lado que yo sé.

—¿No me vas a decir nada? A esta altura ya deberías haberte dado cuenta de que voy a tirar todo a la borda por vos. Haré lo que quieras. Guardaré tus secretos y si querés me escondo en algún uniforme y salimos juntos a desfilar y a que nos tiren papel picado.

—Mire que yo también puedo hacer chistes.

—Si no es un chiste. Dejé a todos esos viejitos en la antesala, a mi familia, todo eso, bah para qué aburrirte. Una jovencita uniformada como vos nunca se ha puesto a pensar en esas cosas. Hacés bien, fijáte.

—Como pensar pienso. Gracias por la moneda. Si tiene que venir conmigo al teléfono, dése vuelta cuando disco que no quiero que vea el número.

—Hola. Sí soy yo. Bueno todo bien. Un poco antes de lo pensado.

—Claro que sí. Mañana.

—¿Hoy a la noche?

—¿Por qué no? Aunque estoy un poco nerviosa.

—Ahora me siento mejor. Chau.

—Yo también.

—No te pido que me digas lo que te hicieron ni por qué las querés pero hoy mismo nos vamos aunque no quieras. Nos vamos de aquí a un lugar donde no sea necesario ocultarnos ni decirle a nadie esto y lo otro acerca del uniforme. Estoy podrido de estas persecuciones, llamados a la conmiseración pública, para eso me quedaba allá, abotagándome en mi consultorio haciendo colectas para los asilos de huérfanos que bien lo necesitan. No, querida, de ahora en adelante, vida nueva. ¿Pero qué hacés? ¿No era que nunca necesitabas ir al baño? Andá, andá sola que ya ni me importa si te escapás. Qué me puede interesar. Pero volvé y dame un besito de despedida.

Salió del baño, queridos míos, a los diez minutos. Lista para viajar. Maletín de cuero azul en la mano y bajo el brazo, cuidadosamente doblado, el uniforme un poco más oscuro de cómo él lo recordaba porque era hacendosa y había lavado todas las manchas. No fuera que cuando lo pusieran en un museo dijeran que ella había sido una mugrienta.

ni a sol ni a sombra

esa mujer corre por una calle que desemboca en cinco esquinas al fondo de su mirada las luces de un café donde hay un hombre que la espera ella puede verlo a la distancia conoce su aliento intuye el peso de su brazo sobre su hombro llega a sentirse abrigada por su cercanía siempre está sentado la vista fija en el vidrio a veces se distrae para poner un terrón de azúcar en el café ya frío porque ha estado allí durante horas se acerca un mozo y le sonríe pero él no se da cuenta porque necesita de toda su atención *está verdaderamente esperándome* se dice ella y entonces trata de correr más rápido pero la calle está hecha de estopa y ya empieza a caer esta lluvia de goterones negros algodonosos

taquicardia

—No tengo tiempo para hablar de estas cosas. Ya me pagará el alquiler la semana que viene. A ver, ayúdeme con el cierre de la pollera. La última vez que me la puse fue para una fiesta de quince. Y ahora, ya me ve.
—Para mí que usted está exagerando, su hija es rara pero no le va a hacer un juicio en serio, es nada más que para asustarla.
—Corte marcial me dijo la última vez. *Lástima que no haya corte marcial para gente como vos.*
—Son todos estos gobiernos militares que se les han subido a la cabeza a la gente joven. Imagínese, crecer como lo hicieron. Deben de tener el cerebro lleno de marchas y de comunicados a la población.
—No me venga con eso que la Bochita se casó chica, se fue de aquí y si no se hubiera divorciado de ese santo hasta podría haberme dado nietos y todo. No, si ella no tuvo nunca el menor interés político. Al contrario, se burlaba del finado que siempre tenía opiniones sobre todo.
—Le queda bien ese traje sastre. ¿Por qué no ponerse el sombrero de la Bochita? Ahora que está más petisa seguro que no querrá usar más sombrero, le daría pinta de hongo, de retacona. Lástima, le confieso que me gustaba a lo Marlene.
—últimamente con el vello y el sombrero me recordaba a Rivero.
—Ese sí que cantaba bien; a mí Gardel siempre me pareció un poco afeminado. El tango me gusta con voz de macho.
—Somos de otra época, no como la Bochita que no es de ninguna.

Llegó. Acalorada. Sin aliento, con una foja de expedientes de la fábrica de palmitos. Los pantalones ya parecían un acordeón, la blusa había desaparecido y sus pechos al aire tenían gotitas de sudor que refulgían cuando la luz le daba de cierta manera. *Tetona* oyó que decía Domínguez, el profesor de historia. *Mamita* le dijo el verdulero al oído cuando pasó a ocupar su lugar en el jurado.
Que traigan a la acusada, ordenó. Pero su madre ya venía sola, descompuesta y pálida con el sombrero ladeado y un aire de viajera a punto de desembarcar en un país de clima demasiado húmedo.

—Sáquese las medias. Acá no aceptamos imposturas. También los tacos altos y ese traje ridículo.
—Pero así, ¿delante de todo el mundo? Es una falta de respeto, dale Bochita, entrá en razón.
—Si no lo hace, me pego un tiro ahora mismo.
Gran shock en la sala al ver el revólver. A ella le salieron dientes, tuvo una sonrisa brillante de felicidad y cuando se apuntó a la sien pudo ver que la enfermera de la habitación tres se desmayaba en los brazos de sus sobrina y que los dos muchachos que parecían mellizos se tomaban de la mano mientras una mancha oscura crecía en los pantalones del más delgado que durante todo el juicio miraría avergonzado el charquito que se había formado delante de sus zapatos de charol.

sombras nada más

Emplumada, de gala, baila como un trompito delante de las ciclistas embarazadas. Le hablan en voz alta, le gritan. Ella, castañuelas y tacones colorados, cimbrea la cintura y les guiña el ojo. Está totalmente concentrada en su propio encanto y no tiene tiempo. Ha organizado concursos de:
patinaje sobre grasa
escalamiento de montañas de papel picado
declamación de poemas en veinte lenguas simultáneas por coros de niños a punto de cambiar la voz
cambio de pañales
coitos en la tercera edad
trabalenguas latinos
lavado y planchado de sábanas
carreras caminando sobre las manos
póker canasta truco ajedrez escoba de quince monte ruleta rusa
y después ha repartido sonrisas diplomas ha tirado besitos y escrito cartas por eso ahora demuestra una concentración que los ha dejado tiesos admirativos porque ya lleva varios días en ese baile incesante y han tenido que rotar a las ciclistas embarazadas porque las que dan a luz se van yendo a sitios donde no hay casas de departamentos sólo pasto y algunas vacas de modo que los niños crezcan sin tener idea de siestas masturbatorias en ciudades con hombres y mujeres que acariciándoles una rodilla se los lleven para inculcarles el deseo de encontrar a otro niño solo en una plaza veinte años más tarde ese niño los llevará de la mano a una cárcel húmeda y cavernosa de la que no saldrán hasta que sea demasiado tarde buenas madres las ciclistas como hay pocas

Todas pueden ser rotadas menos ella. Hecha un trompo da vueltas, se para por un instante, les da el latigazo de sus pestañas perfectas y cuando todos se han ido sigue por sí misma. Magnífica muñeca de hierro. Ya no la pobrecita. Ni rastro de las llagas.
Están solos y el Dr. Gutiérrez rendido de amor a sus pies la sueña de día y de noche, la canoniza y revienta a palos. Pero ni bien se des-

pierta la ve, erguida, digna, incapaz de contarle ese secreto que quiere sonsacarle de día y de noche. De todos modos, él casi no duerme, la oreja siempre lista para captar sus palabras, le dedica canciones, quiere congraciarse para que le deje lustrarle la piel con un limpiametales. Ella lo rechaza:
le gusta que su cuerpo se opaque con el uso, intuye que tendrá otro debajo o que no sería muy difícil armarlo. Y creían que era una llagada
una leprosa
una pioja
Yo creo que ella siempre nos ha querido y que cuando baila nos regala un encanto que nos rejuvenece un billete de lotería un ropero lleno de vestidos magníficos tapados con lentejuelas y cartas de amor escritas por galanes del cine mudo. A ésta también la seguiría aunque ando detrás de la otra, farsante, amiga traicionera.

¿Para ir allá se necesita visa?

—No tengo el medallón. No sé de qué me está hablando.
—Pero, oh honorable prestamista. Lo necesito para demostrar mi nacimiento, no tengo ningún otro certificado y quiero obtener un pasaporte.
—Los pasaportes no son necesarios si desea permanecer en el país. Desagradecido. Con todo lo que le hemos dado de comer, con la cantidad de entradas que han comprado los niños y los jubilados en un país donde, como se sabe, falta de todo. Irse, ¿adónde? Hacer valijas ¿para poner qué si me lo han dado todo a mí a sabiendas de que no lo podrían recuperar? Acá las distancias son distintas. No se engañen. Ninguno de los que llega pensando que se va a ir, lo hace. Dése cuenta. Está lejos. No finja ser turista que lo reconocerían en cualquier lado. Cara de buscavidas. Tufo de cigarrillos y comidas combinadas al azar. En cualquier lado le dicen:

Este no va a los souvenir shops
éste no pregunta dónde están los mejores platos regionales ni regatea el precio de una porquería cualquiera para sacar después un rollo de dólares flamantes y pagar con uno arrugado que lleva escondido en el zoquete derecho porque le da buena suerte

Con éste no me sacaré una foto ni intercambiaré direcciones.

Es mi hermano mellizo y es inútil que se haga el que no sabe
te tenemos manyado junado recontraconocido no te des aires ni andés buscando salida

Cuando terminó de cantar estaba sofocada, entonces él le desabrochó la blusa y empezó a acariciarla con paciencia porque no quería precipitar las cosas, la untó con mermelada, la lamió hasta empalagarse y pensó dos veces antes de proponerle que se fueran juntos esa misma tarde en una canoa que había estado preparando desde hacía meses para su mujer y sus tres hijos sin darse cuenta de que desde el principio estaba designada para la prestamista y su eterno deudor. Ella había entrado por su aliento y por su saliva a una choza donde una mujer de pelo oscuro, acaso su madre o una tía, lo miraba severamente antes de darle una cachetada. En un rincón un hombre ca-

noso a quien él había llamado padre cosía algo blanco, probablemente un vestido de novia. Al oír el sonido de la cachetada el sastre empezó a susurrar algo en un idioma que ella no entendía y él, sangrando, se arrodilló frente a la mujer y comió obedientemente en el suelo una sopa espesa y marrón.

—No, mire, no creo que sea buena idea irnos juntos.
—Es un alivio. Lo dije por cortesía. Después de un festín como este
—Ahora tengo que darme una ducha.
—No, si no hace falta. Yo me encargo.

Y empezaron otra vez pero ahora el sastre había desaparecido y a ella no le importaba la sopa porque había descubierto el propósito de su tarea de secretaria, el objetivo de su ser prestamista y con un entusiasmo de turista se abandonó a las caricias del deudor, ya nada respetuoso ni tímido que le regalaba palabras incomprensibles en un tono audaz, insolente, regocijado.

(los míos se encontraron bailando un fox trot)

Analía le tendió la mano a Pascual Domenico Fracci porque cuando lo vio cruzar la calle con los ojos semicerrados no se dio cuenta de que estaba pensando en Juana y creyó que se trataba de un cieguito. El se la tomó instántaneamente sin importarle que ella estuviera vestida de monja en ese momento aunque en otra ocasión la hubiera rechazado dado el lío que le habían hecho en la iglesia del barrio cuando dejó a su mujer y sus hijos.

—¿Adónde lo llevo señor?

—¿Tiene ganas de tomarse un café hermanita?

—Ah, ¡lo dice por el disfraz! No, no soy monja, estoy aquí por lo del aviso.

—¿Y es difícil entrar en el grupo? Deben de ser como un partido político esas chicas.

—No, se equivoca. Están realmente motivadas. Quieren encontrar a la jefa del culto de eva recuperar el sabor de las manzanas, nada más que eso. Mire que parece que no importara. Cosa de verduleras, me decía yo, pero por curiosidad me presenté al aviso y me cayeron muy bien. Son tan serias. Tan encantadoras. Yo no estoy acostumbrada a que las mujeres me miren a los ojos. Ni que me entrevisten y me ofrezcan un sueldo. Me parece muy bueno su disfraz, me dijo una de pelo enrulado. No, la señora no era religiosa, una monja la espantaría, una monja le pondría los pelos de punta, no, no, no, una monjita inspira confianza hasta en los descreídos, una monja es una profesional que agrada a una persona ocupada, yo vi a la señora partiendo para el consulado, la vi con un portafolios y listas de tareas para completar, una monjita es como ella si la ve y tiene problemas, la va a parar en la calle y le va a contar y la monjita nos la trae para nos dirija, nos diga qué hacer. No, una monjita, pero sí una monjita, y al final me dijeron vuelva mañana y le damos instrucciones pero no se le ocurra sacarse el traje que desde hoy trabaja para nosotras y se ha convertido en esto hasta que nos la traiga

vuelva mañana
lista para trabajar
vuelva mañana

a las ocho a las siete y media mejor a las seis

mujeres vestidas de detectives
cantantes de jazz
vendedoras de inmuebles
costureras
parteras
médicas forenses
estudiantes de ciencias económicas

todas volveremos

y le aseguro que por lo menos en mi caso no voy a cobrar nada tengo algunos ahorros y con lo que me va a prestar hoy usted

—¿Y quién le dijo que le voy a prestar dinero? Ni siquiera sé cómo se llama

—Analía

—Pascual Domenico Fracci, encantado.

—No sé, pero me imagino que a un cieguito como usted le debe sobrar la plata y esta es una causa que, en fin, se lo merece.

—Vamos, hermanita, que usted sabe perfectamente que no soy ciego.

—tampoco soy una hermanita y sin embargo

—es distinto, uno ve o no ve

—pero ¿acaso no anda buscando también a alguien que no puede encontrar como todos?

¿no tiene esa mirada perdida que pasa de largo a la gente porque no está la persona que quisiera tener delante?

—Bárbaro cómo se dio cuenta, Analía.

—Pascual, ahórrese lo que iba a gastar invitándome a tomar café y déme una donación para las chicas.

—Ahora no, estoy apurado. Creo que la encontré.

—Voy con usted, no puedo volver con mis amigos vestida como estoy y no sé qué hacer hasta las seis de la mañana.

—No se crea que entre nosotros

—Por favor, un cieguito con una monja

—No estaría mal. Hasta podríamos tocar el organito

—Déjeme verle la cara, sáquese la toca, a mí me gusta saber si las mujeres tienen pelo largo o corto.

—Déjese de embromar. Esto no es un desfile de modas. Además me había dicho que estaba apurado. Déle que ya se está olvidando de la que quiere encontrar.

—Eso nunca.

—Con ella hasta la muerte, ¿eh?

—Si supiera, pero mejor no le cuento. Ciertas cosas mejor no mencionarlas. En todo caso no se ría que me trae malos recuerdos.

—Con razón es de apellido italiano. Hombres así tan románticos no hay por acá. Algo en la alimentación. Imagínese meta comer bife, tomar vino tinto. Generaciones de tipos que degluten carne jugosa, al final lo único que les queda es pelo en el pecho, ganas de llevarse mujeres a la cama pero palabras, recuerdos, eso no, eso es cosa de italianos, portugueses y brasileros, los brasileros, mire son algo del otro mundo.

—Usted ha investigado mucho, hermanita.

—Y ¿a usted qué le importa? Si ni siquiera me conoce.

—No, yo digo nomás.

—Una lástima

—¿Una lástima?

—No, yo digo nomás.

que cada cual haga su vida

—Si se apunta a la sien es porque quiere morirse.
—Delante de tantos testigos lo más seguro es que quiera dar un espectáculo.
—Por ahí sí. Le gustaría que llamáramos a los bomberos, la ambulancia, que le diéramos sales a la mamá que se desmaya. Todo eso.
—En vez nos tiene a nosotros. Indiferentes pero curiosos.
—Por un show así en el teatro quién sabe cuánto tendríamos que pagar.

Analía era rubia y esbelta. De eso se daba cuenta cualquiera aun cuando estuviera escondida debajo de su vestido de monja. Pascual Domenico Fracci no había dejado de notar que tenía ojos verdes, uñas coloradas y dientes amarillos. *Fumadora,* se dijo con un asco disimulado debajo de la sonrisita con la cual le ofreció su brazo antes de tocar el timbre de la casa de pensión. *Así nos abren y nos hacen pasar enseguida. Nadie desconfía de los chupacirios en este barrio, pobrecitos.*

Quien abrió la puerta fue Hernán, el profesor de matemáticas de la habitación número cuatro B con vista al jardín.
—Disculpen. Este no es un buen momento para visitas. Estamos ocupadísimos y no tenemos tiempo ni dinero para hacer donaciones. No me miren con esa cara. La iglesia tiene fondos, si quieren recaudar háganlo para los jubilados, los maestros o los pobres ñatos del circo de al lado que en cualquier momento son deportados, separados de sus hijos, amantes y deudores. No. Hoy, definitivamente no es buen día para estas cosas.
—Usted se confunde, caballero. Pascual Domenico Fracci para servirle. Vengo a buscar a mi novia que estoy seguro se encuentra en esta casa.
—¿Una novia? ¿En esta casa? No me haga chistes, que acá estamos todos en un momento álgido del juicio. En esta casa no hay novios. Solteros, divorciados, viudos y mujeres que no quieren contar su historia. Pero novias, bueno. Discúlpeme, hermanita.

Pascual Domenico Fracci la supo allí sin verla, cerró los ojos y dejó que su olfato lo guiara por el zaguán mientras Hernán, sorprendido por la patada que le dio en plena rodilla izquierda se dejaba ayudar por Analía que le ofrecía una cintura cimbreante debajo del hábito todas cosas que él hubiera apreciado mucho antes durante ciertas tardes de su infancia de monaguillo lúbrico y melancólico. Juana no lo vio porque le había empezado a doler el brazo con que se había estado apuntando la sien durante las últimas tres horas. Los vecinos, agolpados en el patio, miraban por la ventana pero ya aburridos de tanta espera se perdieron su salto cuando Pascual lanzó un grito casi gemido casi serenata de quinceañera:

¡DOMINGUITA!

No insistan. Ella no tenía en mente ir a bailar con él y había perdido el apetito así que sus platos piamonteses y las cazuelas españolas carecían de todo encanto. Acaso, como dirían más tarde los periódicos, se habría confundido y creyó que era un asaltante, el violador de la pobre monja que corría detrás suyo con el hábito deshecho y la melena rubia escapándosele de la toca. No insistan. No quería que la llamaran así y aun cuando es cierto que podría habérselo hecho saber de otra manera por medio de correo especial o de fax ya que es una lotería enviar una carta y hablar por teléfono carece de la requerida formalidad del mensaje escrito, ella se dio vuelta inmediatamente, lo miró a los ojos y disparó.

¿la acompaño?

El Dr. Gutiérrez la mantenía reluciente, se preocupaba por los más mínimos detalles de su existencia. La arrullaba de noche, le cantaba rondas infantiles y le daba besos estilo masitas de cumpleaños. Le hacía masajes, cosquillas. Quería ablandarla. Le asustaban los ojos brillosos con que lo observaba en la oscuridad, el frío de sus pechos a la madrugada. Para asistirla había abandonado a su familia y su consultorio. Nada le importaba. Estaba totalmente entregado al misterio de su paciente, su reina, la muchacha esquiva de dientes cariados que había generado una coraza magnífica e inexplicable.

Es:

una diosa de acero inoxidable
una
ex raptada
ex llagada
ex leprosa

una desagradecida que no llama por teléfono a sus raptoras una infiel que se olvidaría de él ni bien volvieran a la ciudad una calculadora una ignorante sin título universitario una frígida con cuerpo de lata, una pioja que necesita ir a la peluquería, la sirena de nuestros sueños, la cifra inalcanzable del amor del médico que ya no puede curarse y atragantado de terapias le ofrece ramilletes de somníferos dietas milagrosas cremas rejuvenecedoras sabiendo que ella las rechazará porque está en otra cosa mientras él y nosotros la seguimos absortos y pedimos una palabra, una señal, una orden, el látigo y el vaho de su poder.

esto que hoy es un cascajo

Malvina baila en medio de un enjambre de mosquitos y abejas. Está descalza y sus pies se hunden en el piso tapizado de palmitos. Baila una danza que le exige contoneos, levantar los brazos y, después de una vuelta carnera, tirarse los breves pelitos de las axilas. Es dificil pero Javier esta dispuesto a acompañarla. Sabe que para un hombre no hay manjar más raro que una mujer contenta, una mina loca de la vida que se dé cuerda sin necesidad de arrumacos ni discursos. Baila y jadea porque Marta ya está en otra cosa. Ella también ha encontrado la cara que la espera al fondo de su cálculo y se va con el padre de familia a todos los rincones de su deseo como si fuera día domingo en un aeropuerto o fiesta patria en un país poblado de hombres de piel oscura y bigote, camisa azul, zapatos demasiado lustrosos.

Paran cuando Malvina se desploma en sus brazos y dice *estos mosquitos me enloquecen me pican no me dejan vivir qué se puede hacer.* Ya nunca se separarán. La cárcel, los negociados, la investigación y el cierre de la fábrica sólo reforzarán su amor y por él harán todo lo necesario, hasta esa acción que todos llamarían horrorosa y que para ellos fue el momento más alto de su idilio. Pero no anticipemos peligros porque ahora hacen el amor revolcándose en el suelo, deslizándose entre palmitos. Furor de salmonela. Afán de nuez moscada y chorritos de miel de abeja. Todo esto como marcha nupcial. Así lo entienden aún cuando sólo haya sido previsto en los pacientes sueños de Javier.

Mientras tanto Fran Camufa prepara un editorial devastador que arrasará con cualquier pedido de clemencia. Fran Camufa defiende:
1. El derecho a comer alimentos no contaminados
2. El usufructo de los productos de la propia huerta.
3. La persecución y encarcelamiento de todo trabajador con caspa, resfrío o depresión, condiciones que ponen en peligro el ejercicio honesto y sanitario de la profesión de empleado del sector alimenticio.

Fran Camufa exige:
1. La devolución de la niña llagada

2. La investigación de los motivos del deceso de cualquier persona que haya comido el día antes de su defunción.

no me jodas

NOVEDADES CIENTIFICAS Y LITERARIAS

Se han confirmado en fuentes científicas estadísticas sobre la correlación entre la ingestión de alimentos y la muerte.

Un grupo internacional de científicos de la fuerza multinacional convocada por la Comisión pro defensa de los derechos del comensal ha confirmado que virtualmente el 99,5 de los decesos han ocurrido 24 o aún menos horas después de comer. La variedad de las dietas de los casos estudiados, las diferencias de edad y salud en los ejemplos que abarcan una amplia muestra de la sociedad hacen sospechar un estrecho vínculo entre la alimentación y la muerte. El banquete de clausura de las sesiones de trabajo ha sido suspendido hasta nuevo aviso.

****

Repuesta de sus laceraciones la jovencita raptada

En un desarrollo calificado como milagroso la jovencita torturada por sus raptores el día domingo de la semana pasada reaccionó favorablemente a su tratamiento. *Nuestros ruegos han sido escuchados,* aseguró su madre, que no pudo ocultar su emoción ante las felicitaciones del jefe de la República. *Sólo cabe esperar que las otras*

desgraciadas tengan la misma suerte, dijo el médico de turno sin mayor optimismo.

****

CRECE LA LISTA DE MUCHACHAS VICTIMIZADAS

Informaron fuentes extraoficiales que el número de muchachas llagadas en incidentes relacionados con la desaparición de la señorita Noemí alias la leprosa se han multiplicado en la capital y en las provincias del Norte del país. La cifra oficial de 105 sería inconsistente con la de los hospitales locales y las declaraciones de vecinos que aumentarían el cómputo a 546.2, cubriendo de este modo intentos de rapto no consumados.

****

Mintió sobre el cólera para desembarazarse de sus deudores

En una maniobra calificada como repugnante por los afectados, Román Esteban Camporani, domiciliado en la localidad de San Benedito, convocó a sus deudores, les pidió que pusieran sus documentos de débito sobre el piso y aduciendo el cólera evacuó sobre los papeles.

Los enfermeros y la policía se hicieron presentes en el lugar y aseguraron que el nombrado es conocido por sus tretas para evadir el pago de sus deudas. *Esta vez se pasó*, comentó el portero del inmueble donde habita. Sanidad Escolar asegura que no hay peligro de contagio para la población.

me da pena confesarlo

Querido Diario:

Tanto tiempo que no estamos solos. El Dr. Gutiérrez no me deja ni a sol ni a sombra. A veces creo que estoy soñando con él y me despierto para verlo mirándome fijo porque dice que no aguanta mi dormir con los ojos abiertos. Me tiene miedo desde que descubrió que mis llagas estaban hechas de nylon. Qué le importa, digo yo. Pero él insiste, busca el secreto que no le digo, me amenaza con encontrar a las señoras, hacerles cosas, ponerlas en la parrilla porque parece que es uno de esos doctores que asesora a la policía en los interrogatorios. Ayer lloró y a mí me hizo acordar de un hombre que me daba propinas para hablarme de una hija que se había ido al extranjero con un tipo que la puso a trabajar en la calle. En un país donde no sabía el idioma, querido diario, la maldad de la gente no tiene límites, pobre chica. El Dr. Gutiérrez tiene las manos suaves, Me doy cuenta por la manera en que las mueve cuando me lustra y se detiene en la parte de los pechos. En ese momento se le ve un hilito de saliva en las comisuras, no da más. Estará acostumbrado a las cosas de antes. Yo no le dejo saber que me doy cuenta porque qué podría darle a ese señor tan ocupada como estoy con el entrenamiento. Aunque te aseguro que me está cayendo bien y si no me pasara la gamuza como lo hace yo lo extrañaría. Me da calorcito de sopa cuando se prepara para el masaje como me dice.

Ayer hablé por teléfono con las señoras y me dijeron que pronto llegará el momento. Yo ensayo y ensayo. Al final me va a salir esa sonrisa que me pidieron. Estoy segura. Lo único que me da no sé qué es esta cuestión con el Dr. Gutiérrez. Parece que hace falta que me escape dentro de unos días.

****

Amor de mi vida:

Hoy casi me siento bien. La herida me ha abierto todos los sentimientos del pecho. Es que antes estaba como resfriado y ahora con el aire que me ha entrado, respiro mejor, me han puesto en una carpa de oxígeno y puedo sentir el amor; es una cosquilla donde tengo los puntos. Pero, querida, te extraño.

De vez en cuando me dan noticias tuyas. Dicen que estás bien en la cárcel, que un día recuperaste sorprendentemente tu estatura de mujer y dejaste la de niñita. Enana, dijo la enfermera. Era una enana. Yo no le hago caso. Qué saben ellas de lo nuestro. Me dicen que no puedo retirar la denuncia que hicieron por el caso, que podrías haberme matado. No entienden. No entenderán nunca la fuerza que me hace buscarte. Claro que te perdono. Quiero que me vengas a ver. Ahora y no cuando salga. Dan una comida con zanahorias hervidas cortadas muy finitas que te va a gustar. Nunca me salían así como me pedías y ahora que las tengo, no estás. Mi amor. Entre todas, la mujer que espero, la única a quien le permito y le pido todo.

Tu,

Pascual Domenico Fracci

(El papel huele a medicamentos y tiene manchas de desinfectante. Sin sobre porque hay que entregar la correspondencia para las presas a la vista y antes de que le llegue a Juana, esta carta pasará por los ojos de tres solteronas, un cabo analfabeto y, por error, por el escritorio del secretario de la Comisión de Bienes Raíces que, indignado al advertir la pasión que le falta a su vida, volverá a casa y le dará una paliza a su mujer que ni bien se reponga hará sus valijas y se irá al circo donde Marta la espera ya desde hace meses porque como se imaginan necesita a alguien que la ayude con el inventario ahora que está sumida en los brazos de ese hombre que nunca entenderá).

Seamos realistas

Es la hermana Analía quien lo visita todos los días. La veo llegar con su pasito de monja que acaba de dejar de usar tacos altos, con la toca trabajosamente posada sobre la frente y no me da lástima, aunque cuando se dé vuelta y me mire parecerá pedir disculpas por tanto interés, tanta cosa que le pregunta y pregunta hasta que el pobre tipo empiece a no poder respirar o a escupir sangre y le tendremos que pedir que se vaya.

La hermanita le implora que le dé información porque cree haber descubierto algo. Ayer le hablaba de un premio, de un pago. Si se trata de redimir a la tipa esa, qué suerte que tiene. Otras que disparan una vez, se pudren en la cárcel y a ésta con dos intentos en su haber hasta parece que fueran a hacerla santa. Yo la espero también porque tenía algo conocido, un aire que me llevaba a otras épocas y cuando vi su expresión en el periódico me quedó un vacío en el estómago y muchas ganas de tomar sol en la terraza de mi casa pero ahora no puedo hacer esas cosas porque, en fin, ya no se usa con la cuestión de la edad, las arrugas, el cáncer y todo eso.

La espié cuando fue al baño y le vi las ligas. Le vi la ropa interior negra. Vi cómo se ponía perfume en el escote y después componerse, severa. Era nuevamente la hermanita pero una vez que le conocí ese pelo oxigenado no me lo pude sacar de la mente y ahora, les juro, cuando ando por la calle cualquier monja me parece que esconde algo. Claro, tiene sentido me dirán. Pero qué sabe una; yo siempre pensé que debajo de la toca no llevaban un peinado. Pelo llovido. Nada de spray. Ni cremas humectantes. Nada de tinturas. Pero esta se las trae, sobre todo cuando se inclina sobre la cama del señor Fracci y le dice con una voz muy suave *Pasquale, Pascualito, dígame quién es realmente la que le pegó el tiro. ¿No será, acaso, la pista que ando buscando? Vamos, Pascualito, no se me haga el enfermo de amor que lo que tiene es un agujero hecho por la bala de una mujer feroz. Una mujer que podría ayudarme a buscar a la señora. Pascualito, dígame algo y lo ayudo, se la traigo para que lo visite, la saco de la cárcel. Garantizo su conducta. No si no es su noviecita. Es una salvaje que me parece que debe estar enojada.*

VAYASE DE AQUI
INTRIGANTE
DISFRAZADA
ESPIA
DEJENOS TRANQUILOS
SOMOS FELICES

NOS QUEREMOS ME HA DADO SU LIBERTAD ME HA DISPARADO A MI Y NO A OTRO UN CUALQUIERA UN DESCONOCIDO A MI ME ESPERABA

VAYASE DE AQUI
NO INTERFIERA
ENVIDIOSA

Los gritos atrajeron al personal. Vinieron de todos lados dejando abandonados a los pacientes desnutridos que ya se amontonaban en los pasillos, desalentados por la falta de cama, deseosos de probar las zanahorias que parecían haberse salvado de la peste de la salmonela. La mayoría eran hombres porque las mujeres estaban acostumbradas a hacer dieta y para ellas evitar la comida se había convertido desde hacía años en un deporte que tenían que ocultar bajo el pretexto de que habían desayunado muy fuerte o que acababan de almorzar con una amiga que vino del campo ya que estaban perfectamente informadas de que las dietas hacían desconfiar de ellas a los hombres que inmediatamente pensaban que vivirían en casas frías sin el olorcito a guiso cociéndose mientras ellas se pintaban las uñas de los pies para atraerlos más después de haberse pasado el día en el mercado preparando los ingredientes de un postre sorprendentemente frágil en forma de torre con un vigía en la cúspide luciendo un sombrero que culminaba en un cono de chocolate con una guinda.

A Pascual se le desgarró el pecho del esfuerzo. Enfermeras, médicos y hasta el secuestrador de la niña devuelta a sus padres después de cinco años, que había pagado su culpa con la sociedad recogiendo vendas en clínicas privadas para traerlas al hospital público, coincidieron. Se nos va a morir. Hay que preguntarle cuál es su úl-

timo deseo. Hay que darle lo que quiera para que podamos dormir bien de noche sin que nos persigan sus tripas desgañitadas. Lápiz y papel para el deshauciado –que no puede hablar.

mi bella asesina

Fue su deseo. De puño y letra. Nos ha dado una orden y la cumpliremos porque como la muerte no hay.

IV

Aquí no hay nadie que no haya pasado hambre

una por una me las vas a pagar

—Estaba muy desesperada. Como loca.

—La trajeron a la fuerza, por eso se quería zafar y si no la agarran se escapa.

—Por suerte estaba la monjita que la convenció.

—Yo creo que debe de haberle amenazado con algo.

—¿Y con qué la iba a amenzar una pobre monja? Una descalcificada que dejó de comer como todos nosotros, una recatada, miedosa, mujer de convento y de iglesia. No. Para mí que se quedó porque se dio cuenta de que él la necesitaba y se arrepintió. Quería que la perdonara.

—Se habrá acordado de alguna vez que la llevó al cine. Por más que un hombre le dé regalos, a una mujer lo que le gusta es que la lleve al cine. Eso indica compromiso, estar sentados ahí dos horas, a veces más si hay propagandas, viajar por otros lados en la película, ser invitados a casas y a asuntos entre gente desconocida y después salir, caminar por una calle poco iluminada y discutir, decir a mí me parece esto y lo otro, qué harías vos en su lugar porque yo, una vez aunque te parezca mentira estuve en tal y tal otra situación me gustó la toma esa cuando había neblina porque en mi casa cuando era chica se levantaba siempre la neblina o acaso fuera una nube química de la fábrica de al lado o de la tintorería de enfrente pero a mí me da un escozor que no te puedo explicar entonces él ya siente que ella le está dando algo ese recuerdo y todo por el cine entonces son íntimos y se pueden acostar no es como si simplemente salieran a comer y después ya se sabe sin ningún respeto ni consideración el cine le da otra dignidad a todo él ya se ha comunicado con ella y cuando están en la cama pueden oír la música de la película que desde ese día les hará recordar la primera vez

—mi primer marido pensaba así y me hizo pasar vergüenza tras vergüenza con las películas pornográficas que me llevaba a ver todas los jueves por la tarde

—no hables así era un buen hombre

—qué sabés

—Eso se nota. Acordate del gusto con que comía todo lo que le preparabas incluso cuando te dio la obsesión de hacer esa ensalada fría de palmitos todos los días.

—La cuestión es que ella se quiso escapar pero después lo miraba de una manera

—Por suerte se me ocurrió lo de los anteojos

—Aún así, a él le daría impresión tener esos ojos clavados

—Pero sonreía, deshauciado y todo sonreía

—Estaba contento por lo de la hermanita

—No creo. Los deshauciados como los bebés sonríen porque tienen gas.

déjenla pasar, la señorita viene conmigo

En las salas varios juegos de azar y una sola solución saltar al vacío entonces los taciturnos perdedores hacen cola frente a un balcón y se tiran después de sacarse una foto y firmar un documento exonerando al casino de toda responsabilidad   vivimos en un estado de derecho y no es como antes cuando cada suicidio sucedía al acaso sin llenar planillas sin dejar una pista o escribiendo cartas caprichosas e incomprensibles que complicaban infinitamente los trámites de sucesión de propiedades, el registro de patentes, testimonios del egoísmo de gente sin orden   vivimos en una ciudad que se sabe portentosa y por eso hace falta ponerle un punto final, imponerle una lógica al entrar y salir. Hago cola y espero turno. Delante mío hay un hombre que ha ganado una fortuna y quiere darnos el noventa y nueve por ciento pero nadie quiere perder su sitio porque si lo hace habrá que volver a apostar correr riesgos charlar con el croupier no no no todos sabemos que su generosidad es un engaño y decimos basta esta es una broma inadmisible, una trampa para separarnos de este vértigo   me toca pronto siento la penumbra del patio abajo al fondo y el impacto de la baldosa bermeja en la nuca, es siempre en la nuca.

en la vida hay que arriesgarse

Se retrataban mirando descaradamente a la cámara. Ella sonreía mostrando una dentadura reluciente, orgullosa de la hilera de dientes de aluminio. El tenía la mano izquierda entre sus piernas, en la derecha la cuchara humeante.

TOMABAN SOPA

Se acariciaban

DEGLUTIAN PARA QUE LOS VIERAN

el tenía una muela cariada

y no porque tuvieran hambre

Nada de esta masa de esqueletos atemorizados para mí, basta de los terrores de la muerte. Enamorada de las sombras asimétricas de los indocumentados se fue al estadio donde los habían concentrado y encontró casi sin buscar al comensal ideal. Se lo llevó del brazo a la plaza y delante del fotógrafo le sirvió un picnic magnífico. Juntos en la insolencia, su foto salió en todos los periódicos. Ni amantes ni novios ni vecinos reprimidos. Simplemente colegas. Un indocumentado satisfecho porque de un tiempo a esa parte toda la comida era enviada al estadio. El pueblo esperaba los resultados de esa dieta, las muertes de los intrusos que indudablemente sufrirían el triste final de todos los que comían pero los resultados fueron opuestos y la población creció. Se multiplicaron con ferocidad. Hablaban idiomas de sonidos chirriantes, se comunicaban con gestos y canciones, tenían bebés de piel tornasolada, anaranjada, gris, verde. Se mezclaban y creaban un pandemomio dialectal. Por la tarde animaban el estadio con pruebas extraordinarias. Familias enteras se mecían sobre un escarbadientes, apostaban a carreras de mosquitos, hablaban a gritos a sus mariposas amaestradas porque nadie había olvidado que formaban parte de un circo milenario. El estadio se hizo barrio. A veces llegaban turistas de los mismos países de origen que los indocumentados y al descubrirlos les daban vuelta la cara y se iban precipitadamente temerosos de ser reconocidos por alguien capaz de decir la palabra que estropearía sus itinerarios y les vedaría la entrada a coc-

teles a los que concurrían invitados por su dinero y exotismo. Entretanto, la población del país se fue diezmando. Eran cadáveres saludables y esbeltos. Su dieta les daba un rictus disciplinado y se iban al otro mundo con la satisfacción de un ejercicio bien cumplido.

Malvina había estado comiendo palmitos frescos porque había perdido el placer de las cosquillas y era lo único que le provocaba el escozor de las noches de luna. Y en este momento, guerrillera del gusto, se relame con el hombre que raptó del estadio y charla que te charla con él en una lengua de chasquidos. A mí no me molestan los leves hilitos de saliva que se les cuelan por las comisuras.

No les quepa la menor duda, esto será un escándalo.

(yo misma he llevado a revelar la fotografía y sé que ha sido distribuida por todos los diarios de la ciudad en desafío de leyes dietéticas y raciales)

¿Otra provocación imperialista?

Las fotografías que actualmente circulan en nuestro medio representan un intento desesperado de oprimirnos. Temerosos de las fuerzas que proclaman nuestra independencia, los esbirros del mal pretenden que ingeramos el veneno de sus sopas y brebajes. Resistamos la tentación, las cenas gratuitas en los restaurantes enemigos, los bocadillos hábilmente disfrazados de manjares y comprendamos que son cucarachas del espíritu, espejismos para alejarnos de nuestro destino libre y mártir.

Fran Camufa

Cualquiera lo sabe. Comían hasta atragantarse y después se ponían un corset para que nadie advirtiera que habían traicionado las consignas.Y no eran las únicas. El país tuvo que crear un mercado negro de divisas para enmascarar el tráfico de las corazas que operaban simultáneamente de ropa interior, chaleco protector de balas y disimulador de rollos. Hubo quienes se hicieron riquísimos y emprendieron raudamente la retirada provocando embotellamientos de tránsito en las entradas de los aeropuertos. A veces había que esperar varias horas en el auto en el medio de un sol rajante pero valía la pena porque cuando ni bien subían al avión podían destornillarse el armatoste interno y decir, suspirando, ahora sí que se respira.

A los indocumentados todo eso les causaba gracia porque estaban de vuelta y medraban que daba gusto con coros de despedida y un banco clandestino de consejos para viajeros virginales. Los mandaban a todos a islas donde no les exigían visa y podían emplearse inmediatamente en la compraventa de rumores que serían transmitidos a altas horas de la noche por la internet.

un corazón de oro

—Llegó el momento, debo ir a encontrarme con mi pueblo
—Pero a mí me gusta mucho la playa, este es mi sueño hecho realidad. Ver al mar comiéndose todos los días las porquerías que arroja la gente. Una barrida total. Escupo por la tarde y a las dos minutos se fue a París o a la merienda de algún pescado que no conozco pero el hecho es que no lo tengo. Tantos años de curar, generar basura de cuerpos ajenos y ahora que encontré la mejor manera de deshacerme de todo, vos te querés ir.
—¿Pero quién le dijo que debemos irnos juntos? Yo estoy lista para partir sola.
—Yo te quiero, te vi las llagas, te ayudé. No es justo.
—¿Y así quiere a todas sus pacientes? ¿Y a las que freía con la picana también?
—Te han contado rumores

te han llenado la cabecita con historias antiguas sucesos de una generación de viejos y viejas desencantados jubilados hinchapelotas desaparecidos en el humo de la ciudad que ni siquiera sabían los datos más simples de sus amistades

te han aleccionado para que me desprecies y desacredites

yo que trabajo gratis

yo que hago todo lo posible para que los mocos no te arruinen el aluminio

así me agradecés

soplona

desconfiada
anoréctica y todo   tenés el coraje de reclamarme y denunciarme
en esta ciudad ya no cejan ya no basta tener un título universitario y mostrar la billetera
ahora quieren bondad retroactiva dónde estaban cuando repartíamos el botín dónde cuando pasábamos las coimas te apuesto que hacían cola   y vos disfrazada de leprosa qué te habrás traído entre manos por qué me venís con esas cosas
—Cuando se venga conmigo no va a poder hablar tanto.

—¿me llevás?
—de cabecera pero todo en secreto
—donde caminan hormigas no entran periodistas.

quémame los ojos si es preciso vida

Le tomó la mano y ella, esposada, no pudo sonreírle porque Analía la había reconocido. Se dio cuenta de que ese rictus en la boca correspondía a idas y vueltas, a persecusiones, enamoramientos, transacciones comerciales en un zaguán. La vio inclinarse hacia Pascual Domenico Fracci y adivinó su escupida un segundo antes de que la emitiera, precisa, hiriente, con un chicle redondo y verde en la punta. A las enfermeras les dieron cólicos del espanto porque como habían recomenzado a comer hacía sólo dos días todo les afectaba el metabolismo. Una quiso darle una bofetada pero tenía la mano tan grasosa de pizza que Juana creyó que había sido una caricia y la lamió con un descaro tan amoroso que Pascual Domenico Fracci, ahogándose ya en el escupitajo que le había aterrizado en las fosas nasales, se estremeció con voluptuosidad de recién casado.

Queridos míos:

NO LES QUEPA LA MENOR DUDA

Pacual Domenico Fracci se nos ha muerto. Ahogado y feliz. Naufragó en el desprecio de Juana. Ustedes dirán:

una mina sin ton ni son

una asesina

una hija desagradecida que tiene a la madre con el corazón en la boca

una loca que se estira y encoge como un sweater barato pero yo la conozco y sé que ella también ha perdido algo y ahora que nos mira desde la fotografía del periódico

ASESINA INDIFERENTE ANTE MUERTE DE VICTIMA

yo la veo como la verán las chicas del culto de Eva y se me asoman las manzanas porque la reconozco y la seguiré por todos lados como siempre, sobre todo cuando la madre, canasta en mano, logre ayudarla a escaparse de la cárcel. Pero antes, como se imaginan:

1. se la llevaron de vuelta a la comisaría
2. la acosaron los periodistas
3. Analía le tocó el culo para ver si era de veras tan duro como parecía

4. se puso a cantar DESVERGONZADA una canzonetta que rimaba con ***impetigo*** y que, como es natural, provocó un llanto desenfrenado entre todo el personal publicitario que la rodeaba.
5.se volvió virtualmente millonaria con las ofertas que le hacían de todos lados. En Perú la llamaron *belle dame sans merci* y en algunas ciudades que no mencionaré aguardaban su liberación con chirimbolos de cuero, cadenas, camperas negras y animalitos de pelouche para las niñas abusadas por sus maestros de escuela secundaria.
6. Analía decidió limarle las uñas y teñirle el pelo de rubio.

que no me vean así

¿no se dan cuenta de nada ustedes? ***(hasta ahora se han portado muy bien, así que los dejo entrar a los camarines)***

—Lo primero es el antifaz. Te lo pongo. Y una capucha,

—Ah, no. Nada de eso. Voy así.

—¿Pero no ves que te van a reconocer y no vas a poder declarar a tiempo? Vas a tener a medio país pendiente de tus movimientos. No te van a dejar pasar, Malvina. Están todos que no dan más con los corsets, los cólicos,.el hambre, el secreto. Están podridos y van a buscar una solución en vos.

—Estás equivocadísimo. Pensarán que vengo vestida de torturadora y me van a dar con todo. Eso del antifaz es muy comprometedor.Además me avejenta, me da un aire de otra época. Mejor pestañas postizas y acaso un tapado de piel para que no se me noten las ronchas. Si las ven, creerán que es efecto de la salmonela. Un tapado de piel le hace muy bien a una mujer en mi situación. Sugiere coimas, posibilidad de prebendas. Te atienden mejor.

—Pero con el calor que hace van a creer que estás loca.

—Vos mejor concentrate en tu dicción. A nadie le interesa un abogado extranjero. Elegí palabras fáciles, nada que tenga que ver con el circo, nada que les haga darse cuenta de que sos un payaso, un apátrida nacido en una carpa de casualidad, un maloliente, jeta de elefante, cara de galleta marinera.

—no empieces que te sirvo palmitos

—no sigas que te busco y te encuentro.

****

—El aluminio tiene que estar muy brilloso.

—Queda mejor un poco opaco. Da categoría. Acordáte del Museo Metropolitano en Nueva York, por ejemplo ¿las armaduras medievales brillan? No. Porque tienen la autoridad de los años y la gente fascinada pasa a verlas pero qué te vas a acordar si vos, pobrecita, nunca fuiste a ningún lado, seguro que nadie te llevó, falta de guita, de interés.

—Basta que esto me está aburriendo y lustre bien que tiene que quedar como un espejo.

—¿Como un espejo?

—Para que cuando me miren a mí se vean a sí mismos. Un espejo. De aumento. Que se vean, depilen y acicalen.

****

El cuerpo de Pascual Domenico Fracci es un cuerpito. Lo ponen en un paquete y se lo envían como encomienda a los hijos. Los nietos que nunca conoció se arremolinan y piden a sus padres que abran el regalo pero una de las nueras se da cuenta de que allí hay gato encerrado, escribe DE EXPORTACION y se lo manda a la Fundación del culto de eva para que la dejen tranquila de una vez. Creemos que esto ha funcionado porque el cartero que lo dejó en la puerta jura que a los dos días no había más olor a muerto en la calle. *Esas chicas son una cosa del otro mundo. No hay problema que no sepan resolver.* Ahora que están por cumplir su cometido todos las quieren en el barrio. Los festivales premenstruales han sido incorporados al latido de la ciudad. Vestidos de colorado hombres, mujeres post-menopáusicas, niños y adolescentes desorientados celebran sus ansiedades y caprichos acompañándolas con sus bombos y panderetas por las calles en manifestaciones cada vez más largas y dicharacheras.

francesita que trajiste pizpireta, sentimental y coqueta…

Lógicamente llegó en un Concorde y en el momento mismo de aterrizar en el aeropuerto exigió que le dieran el fin de semana libre al piloto para que pudieran ir a cabarets, divertirse y emborracharse antes de tomar una ducha juntos en el hotel de más lujo y acostarse en una cama con sábanas de satén que combinaban con las rosas violáceas que habían puesto por todos lados para darle la bienvenida. Todo esto vociferado porque era fundamental que se enteraran de que aquí tenían a una mujer de apetitos decididos, una mina que se las traía. *Qué le vamos a hacer*, le decía al piloto, *así es el subdesarrollo. Hay que hacerse famosa. Demostrarles de lo que una es capaz si no te comen viva.* Tanta alharaca por un reportaje. Tanta cosa para que la dejaran ver a Juana.

Las otras eran enviadas por agencias que no habían invertido lo suficiente. Llevaban trajes sastre, usaban desodorantes baratos que dejaban manchas blancas en las blusas de poliester y fumaban juntas de noche hablándose a gritos desde los balconcitos de hoteles baratos, en ruleros y camisón. Es muy fácil advertir que no tenían espíritu, les faltaba de todo pero ellas creían que un tipo u otro llenaría el agujero y se contaban historias de este levante, aquel novio. De las cuarenta y cinco que llegaron, dos fueron fletadas urgentemente de vuelta porque a las adúlteras extranjeras no las tolera nadie; una se hizo monja y fundó demasiado tarde el convento que podría haber recogido a las dos anteriores; otra tuvo la enfermedad pero pudo ocultarla hasta los setenta y cinco años; tres se fueron a trabajar para Marta que a esta altura se había convertido en una personalidad de anteojos oscuros, siempre vestida de negro y experta en negocios de exportación e importación, después de haber sido preñadas por indocumentados en uniones que produjeron niños de color arcoiris y el resto persistió, le hicieron zancadillas a la francesita, fueron humilladas. Se ofrecieron y fueron rechazadas por el piloto que de todos modos estaba perdidamente enamorado del mecánico del Concorde. La francesita tuvo todo lo que precisaba para su fama y cuando Juana accedió a la entrevista, entró a la cárcel como la estrella que es.

había una vez dos corazones que juntos entonaban su canción…

REVELACIONES INEDITAS DE LA FEROZ ASESINA

ENTREVISTA EXCLUSIVA PARA ***POLITICA Y SOCIEDAD*** *DE NUESTRA ENVIADA ESPECIAL CHANTAL DES MESNAIRS*

Una tarde lluviosa y gris los esfuerzos de varios meses dieron fruto y me encontré frente a frente con la llamada feroz asesina en una celda inhóspita de la cárcel para delincuentes frígidas, huérfanas o indigentes. Conversamos durante dos horas mientras la asesina comía vorazmente trozos de lechuga suministrados por la voluntaria apodada Hermana Analía que la acompaña en su cautiverio.

—Mucho se ha hablado de sus cambios de tamaño. ¿Son el resultado de una dieta especial? El público nacional e internacional desea saber la fuente de estas transformaciones y aclarar la cuestión de todos esos productos que usan su nombre en la publicidad.

—En la vida hay cosas inexplicables. Para mí, el amor tiene capacidad transformadora. Es todo lo que puedo decirle al respecto por el momento.

—¿El amor? ¿Usted? Todos sabemos que mató al pobre Pascual Domenico Fracci a sangre fría. Y que después de hacerlo creció tanto que hubo que hacer un agujero en el techo para sacarla del hospital.¿Es por amor que se hinchó hasta que le rebotaron los botones de la blusa? ¿No le parece que nuestros lectores encontrarán su respuesta difícil de creer?

—Pascual Domenico Fracci es, ha sido y será el gran amor de mi vida. Poco importa que ustedes lo entiendan o acepten*. No pretendo que adivinen todos los lazos que nos unen pero es por él que acepto mi cautiverio ya que usted sabe muy bien que tengo más que los medios necesarios para salir de esta covacha, no vaya a creerse que este despliegue de celadoras y guardias es algo más que un desfile de coimeables.Yo soy, en fin, una mujer que bien puede pagarse sus traslados.

—Su madre la defiende aún a pesar de las acusaciones que usted ha hecho llegar a la corte en relación con el supuesto envenenamiento de su señor padre…

—Mi madre será juzgada con el resto del país en el escándalo de los palmitos; no me interesa que me defienda. Ella tiene razones muy mezquinas para su conducta. Como muchas no se da cuenta de que hacer lo que yo hice al descubierto es un acto de infinito amor. ¿No ve la diferencia con los palmitos? Pascual sabía hasta qué punto yo he sido y seré fiel a los resentimientos que nos unen. Pascual era un hombre con imaginación capaz de morir de amor y yo le di forma a nuestra pasión, por eso me sonreía hasta la escupida mortal.

—Sin embargo, sus hijos la culpan ahora de haber deshecho un hogar y no un hogar cualquiera: una cuna de laboriosos inmigrantes que apenas tenían un minuto libre no se dedicaban a hacer el amor sin ton ni son, no andaban en cabinas teléfonicas sacándose la ropa interior para escándalo de los vecinos sino que procreaban, continuaban la especie, contribuían a la sociedad.

—¿Y usted tiene hijos? Ese trajecito tan entallado seguro que no le andaría tan bien si hubiera dado a luz mellizos o uno de esos bebés rechonchos de los avisos, un sietemesino puede ser, pero eso involucra otros riesgos, apuesto a que se le notarían las ojeras. Tanta alharaca. Tanta contribución a la sociedad deja sus rastros, mi estimada Chantal.

Nota de testigos oculares: En ese momento se agita, quiere desvestirse, le empieza a crecer el brazo derecho. La hermana Analía nos

asegura que se está descompensando, la apantalla, le canta algo y logra calmarla. Si bien no se le encoge el brazo derecho, el izquierdo aumenta de tamaño hasta quedar casi igual. Nuestra sugerencia de usar un centímetro fue vivamente rechazada por la delincuente y su acompañante.

(*El texto completo de la entrevista será publicado en el suplemento* ***Vida Cotidiana*** *de nuestra edición dominical. No se lo pierda).*

ojos que no ven

Fran Camufa ya no tiene nada que decir. Se ha diluido, separado, son otra vez dos socias mal avenidas que hacen valijas para ir a la playa. Están demudadas. Advierten la competencia. Esa Juana de mala muerte, una arribista con su culto y su acompañante, la falsa monja, ha comenzado a ser idolatrada. Todos sus planes, su inversión, su pedagogía, los editoriales que tan trabajosamente redactaron hasta olvidarse de que originalmente tenían posiciones políticas que defender, han sido en vano. Vacías. A la intemperie. Trabajan, se afanan. Vuelven y revuelven. Examinan sus notas y se preparan para visitar a la Noemí, la nena con futuro. Pero ellas

NADA

un día de estos hurgarán en una tienda. Tendrán que comprarse vestidos de terciopelo negro para asistir a una inauguración presidencial pero a último momento se darán cuenta de que no han llegado las invitaciones y, desconcertadas, esperarán en la puerta sin saber que las echarán como al verdulero, las enfermeras del hospital y a unas jóvenes periodistas del interior del país que esa noche de frustraciones entre susurros y caricias descubrirán el secreto que las hacía buscarse, jugar a las escondidas y despedirse abruptamente de novios con acné disimulado por una gotita de maquillaje que habían sacado subrepticiamente de la caja de cosméticos de sus madres.

decí por dios qué me has dado

—vitaminas
—siempre fuí así
—no me digas eso, llagas de plástico y ahora este magnífico cuerpo de aluminio
—vitaminas que yo te di, cariño, cuidado, abnegación
—Cuidado con exagerar

soy la acorazada
la autodidacta
la pioja resucitada
la madre de mí misma

CUIDADO CON EXAGERAR

nadie dirá que hubo recetas médicos pedicuros cuidado cuidado con exagerar o demostrar sentido común ya nadie podrá desvestirme
cada vez que me miren:

espejito

cada vez que curiosos quieran desnudarme:

ellos

CUIDADO CON EXAGERAR

este es un romance con gusto a eternidad un noviazgo de cada uno consigo mismo bailaremos toda la vida ellos y yo pero para eso ni mención de las vitaminas para eso callarse la boca nadie ha visto el pasado ni sabe cómo me lustra día y noche mi brillo es un misterio una lentejuela el escupitajo luminoso de un enfermo ilustre

—te voy a hacer un chantaje
—le voy a pagar un sueldo astronómico
—complotaré con las jovencitas violadas para destronarte
—me inyectará las vitaminas por la noche cuando ya no hayan periodistas ni dignatarios internacionales.

—y una de las chicas envenenará la jeringa pero ya será demasiado tarde
—increíble cómo se hace tarde temprano en esta época.

lo han visto con otra

Los hijos de Pascual Domenico Fracci no eran idiotas ni tampoco anacoretas. Se presentaron inmediatamente en la cárcel para ver a Juana y le propusieron que juntos armaran la campaña para devolver el cuerpo al suelo de la ciudad que había sido la cuna de su amor. La mujer de Fracci se había cambiado el nombre después de que se dio cuenta una tarde de que su marido la había dejado. Recordó cierta ansiedad que le había causado ver al anestesista que la asistió la penúltima vez que dio a luz. *Ese hombre sabe algo* se dijo antes de ser arrastrada hacia una visión desteñida en la cual un canguro con pestañas postizas se inclinaba majestuoso delante de una mujer que vendía billetes de lotería falsos. El canguro sabía que no valían nada pero los compraba con bonos vencidos para que la mujer creyera que ella había ganado una fortuna a costa suya y le sonriera mostrándole sus encías coloradas e insolentes. Entre la mujer y el canguro había un romance exquisito, se manoseaban con los ojos y se penetraban sin siquiera rozarse hasta que pasaba el inspector pidiendo comprobantes. Imposible para el canguro: tenía bolsillo pero le faltaba el sello del consulado; imposible para la mujer porque era una indocumentada. *Ese hombre sabe algo.* Era a él a quien buscaba para que le diera su comprobante. A él y no a Juana en el hospital y menos ahora en la cárcel donde espía y ve cómo sus hijos, en caravana, dicen: *no, nuestra señora madre no constituirá ningún problema para el reclamo del cadáver; se fue; está piantada; ni siquiera debe saber cómo se llama. Pobre, la edad es algo terrible. No se preocupe.*

Como se imaginan, Salomé Moskovich ex Sra. de Fracci se convirtió desde ese instante en una enemiga implacable. Le brotaron estrategias, se le animó el calendario con tareas que cumplir

cáscaras de banana en paseos peatonales

anónimos

una bomba en forma de paloma de la paz entregada el día de su cumpleaños por un muchachito recién llegado del interior que también le pediría un autógrafo y entonces morirían juntos porque la bomba les explotaría en las manos justo cuando él le daba la pluma fuente pero para eso habría que buscar la fecha de su nacimiento y ni Juana ni su madre querían que cundiera   ah Salomé ex Sra de Fracci   su venganza su resentimiento su odio sustentan el poder de Juana, la hacen crecer, la cercan con la misma intensidad que el amor por oleadas de las chicas del culto de eva capitaneadas por Analía vestida de azafata que reparte insignias compradas con la recompensa por su descubrimiento.

me da pena confesarlo

Querido Diario:

Me di cuenta de lo tímido que era cuando olí su caca. De nene. Y había quemado un fósforo en el baño porque le daba vergüenza. También lo de las galletitas que guarda debajo de la cama. Come de noche cositas en forma de tren, de caballo, de alfiles. Hoy se lo digo y mañana nos vamos. Creo que si le escondo los pantalones y le hago aceptar el trato en calzoncillos será mejor. Ojalá que las señoras se queden donde están escribiendo sus editoriales me daría no sé qué tener que echarlas, querido diario, después de las ilusiones que se hicieron. Taradas.

aquí no se fía

—Chantal medio como chantapufi, que aquí le decimos a los mentirosos. Por supuesto que no me refiero a usted. Una periodista de fama internacional, una profesional de cuya integridad no dudaría nadie hasta que claro, se les plantara una duda. Sobre todo ahora con el descubrimiento de lo de Fran Camufa. Mire que haberse ocultado tan exitosamente durante casi un año.

—Esa Fran Camufa es un fenómeno de país de medio pelo. Imposible en el mundo desarrollado. Nosotros tendríamos nuestros espías, nuestros métodos siempre infalibles de averiguar la verdad. Una persona que es en realidad dos, no sobreviviría en ese medio; hubiera sido seguida por las cámaras ocultas en los faroles de la calle, por teléfonos intervenidos. Eso es una sociedad bien vigilada y no la de ustedes con policías que son electricistas fracasados, picaneando sin ton ni son. Machitos a la pesca de una erección rápida. Ley de palito parado. Así no se avanza.

—Bueno, vayamos al grano. Fijemos fecha.

—Pero Analía, debe pensarlo bien. Su vida está aquí con Juana. No hay nada para usted en Francia. Ni siquiera sabe el idioma. Y además está, claro, el asunto de la visa.

—Juana vendrá a buscarme cuando se canse de todo esto. Mírela ahora cómo duerme. La cama del hotel le queda perfecta en este momento. Ojalá no le den fantasías de crecimiento en el sueño. Está tan bien así. En un par de días los jueces fallarán en su favor y se jubilarán en el Caribe con el dinero que les dio. No me venga con historias de visa que yo sé que todo se arregla, sobre todo con alguien de influencia como usted.

—No exagere sobre la flexibilidad del gobierno y sus empleados. En la embajada hay gente que no se compra, empleados y empleadas felices de hacer el bien, ir a cocteles económicos y recibir almanaques exóticos enviados por otros empleados idénticos destacados en sitios remotos para regalarlos a sus hijos como consuelo por las frecuentes mudanzas y la consabida falta de compañeros de juego. No, sus planes se apoyan en presupuestos que..

—¿cuánto me cobraría usted? Yo digo, porque espero que considere en el precio la vergüenza que le ocasionaría si yo contara que Juana

se quedó muda después de la primera parte de la entrevista y que yo, generosamente pero obligada por usted revólver en mano, me vi obligada a imitar la voz de la feroz asesina en el grabador y leer el texto que ya traía preparado. Una curiosidad, ¿Es importado? ¿Lo trajo directamente de Francia?

—Claro que no. Analía, una mujer debe tener un poco de perspicacia. De Hollywood. Lo discutimos durante meses con el equipo que está a cargo de la versión cinematográfica y yo de francesa tengo sólo el nombre pero ustedes no se dan cuenta de nada tan lejos de todo como están, así que como ve el asunto de la visa y todo eso es una ilusión.

—Ilusión es la que tiene usted. Este revólver es auténtico y Juana sabe usarlo muy bien, yo soy su mejor alumna. Visa o no, yo soy su equipaje de mano así que vaya acostumbrándose que a mí todos me pagan las deudas.

de las mujeres mejor no hay que hablar

—El pago que convenimos era otro.
—Eso no era un pago. Era un depósito para que les guardara los bienes mientras ustedes aclaraban su situación de visado y demás.
—Es un escándalo. Nos ha embaucado. Se ha metido en nuestras vidas mientras hacíamos piruetas, cocinábamos nuestros platos regionales, cogíamos a la luz de la luna.
En eso estaban. Agolpados. Marta acorralada. Su amante sonriente. Y los niños entusiasmados ante la idea de apedrearla cuando Analía llegó, sin aliento, a obtener los documentos necesarios acompañada por Chantal. Era tarde

Era anacrónico

Los indocumentados habían logrado lo que necesitaban. La ciudad entera, famélica, se había olvidado de los papeles que los separaban y ahora, verjas abiertas, archivos desenmascarados, todos sus habitantes se precipitaban sobre los bienes que Marta había dejado de clasificar hacía años. Sólo los viejos recordaban qué les había pertenecido y exigían a gritos que les devolvieran tal cajita tal certificado de nacimiento pero los más jóvenes interpretaban el pedido como una señal de que eran valiosos y se les adelantaban, arrebataban lo que querían para venderlo después en las cadenas de negocios de antigüedades que sin duda montarían en barrios donde proliferarían numerosos turistas atraídos por la publicidad suscitada por la larga abstinencia de comida que había barrido con gran parte de la población.

Qué suerte que estaba allí Chantal

La reconocieron y mansamente empezaron a hacer cola. Todos deseaban ser entrevistados. Algunos tenían la esperanza de firmar contratos cinematográficos, otros esataban seguros de que con una entrevistadora de tal envergadura lograrían reconocer la forma de su destino a través de las preguntas sabiamente dirigidas ya que hasta el momento pocos tenían objetivos claros, ideas nítidas de por qué habían emprendido sus viajes. Famosos por lo exóticos, pero sin nombre y apellido ya que pronunciarlos correctamente era un parto

para la población nativa acostumbrada solamente al arte de la payada y apellidos con vocales clarísimas, no querían perderse la oportunidad de que una mujer cultivada, sofisticada y europea, educada seguramente en un internado suizo y amante de varios diplomáticos y jefes de estado, los llamara por su nombre completo y lo escribiera en su artículo sin ninguna falta de ortografía con todas sus consonantes, acentos circunflejos y diéresis. Chantal avanzó, hierática, majestuosa, sonriente, dientes blanquísimos. Tenía todavía para todos un aire de Concorde cuando caminaba, una gracia que venía de ir al baño haciendo equilibrio en un avión que atravesaba zonas de turbulencia. Esa era una periodista que podría sortear cualquier crisis y más tarde desquitarse en el hotel con un macho de ocasión, bien o mal vestido qué importancia tenía esto para alguien como ella que ponía la olla y tenía de sobra para sus caprichos.

Los inmigrantes querían interesarla y parados frente a la mesa que Chantal improvisó como escritorio le contaban:

que no eran inmigrantes sino exiliados

que durante la revolución en sus países de origen les habían confiscado todos los bienes y que habían sido revolucionarios que redistribuyeron la riqueza para ser más tarde traicionados por sus lugartenientes es más todas las muchachas habían sido violadas muy jóvenes algunas en el sanatorio cuando nacieron y llevaban indeleble la marca de la agresión en su frente madres de casualidad marineros de barcos que naufragaron en mares desconocidos y que ofrecían un mapa alternativo de la tierra un inspector de policía que había encontrado el culpable del incendio de la biblioteca de alejandría hurgando en los archivos de Marta a quien querían ahora crucificar según una antigua costumbre periodística de incluir algún acto de violencia ritual en las noticias de primera plana y lo habrían hecho si el ambiente no se hubiera cargado de pronto con un tufo persistente, pringoso, que se les internaba entre las piernas y las axilas impidiéndoles razonar, untando sus palabras con una sustancia melosa que les hacía arrastrar las sílabas y sentir pesada la lengua.

Era un poderoso olor a estupro.

Lo habían percibido algunos, los más sensibles, durante meses. Provenía de un rincón del jardín donde los equilibristas habían hecho una cueva para poder dormir lejos de las alturas cuando se jubilaran, abandonada y olvidada de todos hasta ese día, debido a la quiebra del sistema de previsión social del país que había creado la situación de un empleo constante, sin cuartel, y por la cual, naturalmente, los equilibristas caían como moscas ni bien les daba Parkinsons o les picaba la nariz.

Era, amigos míos, un poderoso olor a estupro que había estado desde hace tiempo en la ciudad motivando ansiedad en las madres y un escozor culpable y miedoso en las hijas. Por él se habían envalentonado los viejos verdes a la salida de los colegios, por él habían crecido tulipanes en la cabina telefónica, más de una sentía una picazón extraordinaria por todo el cuerpo y por él, sin advertirlo, lloraban las monjas en los conventos sobresaltadas por recuerdos de la niñez. Ahí estaban. Las chicas del culto de eva. En la cueva. Y Chantal se quedó por primera vez boquiabierta.

con la frente marchita

NOTICIA DE ULTIMO MOMENTO

Reaparece el Dr. Gutiérrez con la Srta. Noemí
Informaron fuentes de la capital que el Dr. Gutiérrez y la señorita Noemí alias la llagada han sido descubiertos en un balneario de la zona sur. Se anuncia para hoy una conferencia de prensa en la cual se asegura que develarán el misterio de su huida.

****

Falla el juez Ricardoni en el caso de la feroz asesina

La señora Juana Carpio ha sido exonerada de culpa en el caso de la muerte de Pascual Domenico Fracci. La aplicación equivocada de la ley de protección a las alienadas motivó la exculpación técnica de la feroz asesina, ahora libre de reintegrarse a la sociedad. Rodeada de un grupo de fieles seguidoras enarbolando manzanas se dirigió hacia una mansión especialmente alquilada por su madre con fondos supuestamente suministrados por la compañía cinematográfica que ha comprado su historia para el cine. La señora madre confirmó con nuestra enviada especial Chantal Desmenairs que no usará el chaleco de fuerza sugerido por el juez Ricardoni. *Ese juez no debe de haber tenido nunca hijos* le comentó a uno de los pensionistas entrevistado mientras preparaba sus maletas para partir a la mansión.

****

Terapia intensiva para los nuevos casos de salmonela y botulismo

Un nuevo brote de salmonela y botulismo ha redundado en el agolpamiento de pacientes en hospitales y sanatorios del interior. No se recomienda, sin embargo, un retorno al ayuno que diezmó al país.

****

Digan lo que digan quien mejor la conoce es Salomé y sabe que no la aguanta. Con o sin sombrero, adentro o afuera de la cabina telefónica. Se caga en ella y le gustaría desbaratarle la historia, meterse en su película, conquistar a Chantal, convencerla de que ella sí sabe quién fue Pascual Domenico Fracci. Pero como ha eliminado todo rastro de su vida anterior y no le interesa ser reconocida por sus hijos sólo le queda la alternativa de ver si puede arreglar algo con Noemí o las chicas del culto, las vejadas, las fragrantes adolescentes con el prontuario que podría encarcelar a cuanto tipo que camina disimulando la bragueta con un saco cruzado o el consabido impermeable beige verdoso. Salomé ha fundado una escuela de baile enteramente dedicada a danzas regionales ahora que los indocumentados, libres para trabajar en cualquier cosa que les agrade, festejan y festejan sin darse cuenta de que Salomé cobra entrada a turistas y ciudadanos para que los emulen y aprendan. *La alegría es contagiosa, el único método cierto para aprender,* les dice a sus clientes que recuerdan todos sus chistes y bailan desaforadamente durante la hora y cuarenta y cinco minutos de cada clase. Es por eso que Salomé estaba preparada cuando Noemí, la implacable, la acorazada, apareció en las publicaciones secretas del Ejército primero y en las revistas infantiles después.

Reloj, detén de tu camino…

Mírenla. Está en el centro. A la derecha y a la izquierda hombres uniformados. Generales. Almirantes. Comisarios. En un rincón, el Dr. Gutiérrez con sombrero y bastón. Si no lo conociéramos ya de los periódicos podríamos no verlo, oculto como está en el agolpamiento del frente. Ella tiene el cuerpo reluciente. La fotografía exuda silencio. Pensamos que un gato ha pasado por delante de la cámara porque se ven pequeñas pisadas sobre la alfombra de arabescos colorados y verdes. Detrás del grupo está la mesa donde firmará los decretos y en el mueble de caoba el pedestal de mármol para pasearla por parques y cementerios. El anillo de diamantes que le ha regalado el Dr. Gutiérrez da aún más brillo a la mano metálica alzada como si nos dijera hola o hasta nunca. Hoy sus ojos nos miran fija y duramente pero la sonrisa le refulge, lanza destellos, hálitos de un aliento perfecto, gusto a menta. Es, lo sabemos, nuestra hada madrina.

me gustan los tacos altos porque afinan los talones

Bailan un tango intoxicante. El bandoneonista ciego toca y toca como quien se habla a sí mismo. Llevan rodete y vestidos negros ajustados con un tajo al costado. Baratos aunque no de ocasión. Se rozan las piernas, quedan inmovilizadas en una sentada, hacen un ocho lascivo y lento que se deshace cuando Juana obedece y se deja llevar hacia el otro lado del salón mientras Chantal le dice al oído: *venga, venga que la presento.* Las chicas del culto la han reconocido porque conserva un leve tic en el ojo izquierdo. Además están cansadas y no quieren seguir buscando. Las intrigas de Analía las han hecho enemistarse ya con todas las monjas del país que, por su culpa, han debido pasar por toda una serie de controles biográficos que han revelado, desde luego, humildes historias de apariciones de la virgen en azoteas con ropa colgada, juegos pecaminosos con primos y primas a la hora de la siesta, algún hijo ilegítimo vendido a una familia de gitanos posando como banqueros suizos, la vergüenza de esa noche pasada con un pariente lejano que dejó tras de sí una tarjeta que decía DR. GUTIERREZ, MEDICINA CLINICA y una muñeca cuyo valor consistía en que era bizca. Sí, las chicas estaban cansadas y por eso ni siquiera le preguntaron el nombre ni le exigieron consignas. Simplemente, encogidas estilo caracol dijeron a coro

MUCHO GUSTO, ENCANTADAS

y se echaron dormir como ovejitas a su sombra a la larga enorme sombra de Juana

JUANA COMEMANZANA
JUANA EX ENANA

Al acordoneonista ciego todo esto le da un asco táctil, una intuición de vacío entre resplandores azules en un espacio poblado de murmullos secretos vejámenes viajes irresueltos que se le sube a la garganta, y por suerte, atina a hacer lo necesario. Guiado por su olfato va hacia la cueva ya vacía de las chicas del culto y se instala a nombrar, en la fragancia del estupro, la flor de sus dobles y triples inocencias desgajadas. Porque ahora, ustedes que lo oyen pueden dar testimonio, canta como nadie.

tanto tiempo disfrutamos este amor…

—Lo conozco mejor que nadie. He sido su esposa. le ha dado los únicos hijos que ha tenido.
—Pero sus presuntos hijos no la reconocen. Dicen que no tienen nada que ver con nadie que se llame Salomé Moskovitz, mucho menos con una profesora de bailes telúricos. ¿No le parece suficiente prueba de que usted es una impostora? ¿Cuántas mentiras cree usted que la gente de este país está dispuesta a aceptar?
—No me sorprende que no me reconozcan, pobrecitos. Me veían casi siempre de perfil cocinando los tallarines, el bife, la buseca. Extraordinarios los platos que les hacía y, claro, todos, incluyendo Pascual, los devoraban inmediatamente sin necesidad de mirarme, decir gracias, besuquearme, sabían que a mí no me daba por la coquetería, el egoísmo, en esa época, claro está. Después el asunto era lavar los platos, limpiar la cocina, ir a atender el negocio. ¿Le parece que les quedaba tiempo o motivo para decirse VOY A MIRAR A MI MAMA? ¿Le parece que eso sería sano en unos muchachos preocupados por lo que realmente importa? Ir al colegio, la universidad, el fútbol, hacer una carrera, encontrar una novia. Yo no sé qué se ha creído usted pero no soy de las que se ponen en primer plano. Para mí lo principal fue siempre que fueran normales, comieran bien, tuvieran una novia decente y ahí los ve. Todos instalados.
—Sí, pero ahora ni siquiera desean venir a visitarla a la cárcel. Dicen que son los hijos adoptivos de Juana y reclaman la pena más severa por su intento de envenenarla. ¿Cómo se le ocurrió lo de los palmitos? ¿Usted conocía las acusaciones que había hecho pesar sobre su señora madre? Mire que es cruel, mostrarle una lata con el sello tan claro, servirle una tarta justo en el medio de la manifestación en contra de la BELLA ACORAZADA. Ahora quedó encogidita, una novia de repostería.
—No me haga reír. De repostería son las chicas del culto que no sé para qué mierda.. perdone, pero me da no sé qué verlas con esas manzanas podridas. Quiero que mande este reportaje a todos los periódicos del exterior para que organicen la campaña de repatriación de los restos de mi difunto, de mi Pascual Domenico Fracci. Mi querido, adorado marido, tan vilmente asesinado.

—No me parece que esa pose va a quedar bien en la foto. Cuando dice ***vilmente*** muérdase un poco el labio de modo de que le salga un hilito de sangre, va a impresionar mucho al público. La sangre siempre vende bien.
—¿Y no se puede hacer con ketchup? Yo podría tener un poco en la boca y así parece incluso más colorada, no quiero que se me infecten los labios, se me enrojezcan las comisuras. Después voy a quedar como una de esas adolescentes con herpes. Se las dan de mujeres fatales con esas manchas coloradas. La juventud, le digo
—Ah, no. No se haga la vieja porque eso no le gusta a nadie. Aunque sepan que tuvo todos esos hijos y las macanas de tantos años de vida en común, debe aparentar menos edad. Lo del herpes no me importa, quiero que se muerda para que le salga una expresión de dolor en la cara. Permítame una pregunta personal, una pequeña curiosidad. ¿Usted lo quería al difunto?
—Ve. Deformación profesional creo que le dicen. Ya me hace preguntas de reportaje. Y yo que pensaba que estábamos conversando de amigas nomás.

corazón

Querido Diario:

Me duelen las pestañas pero me encanta que me saluden por la calle y me lleven en andas. Hoy fue mi fiesta y me regalaron una muñeca preciosa que habla y dice: *me llamo Juanita.* Al Dr. Gutiérrez le han dado muchas ganas de compartirla pero yo no lo dejo; después de todo es mía y a la gente la impresiona verme con ella en el balcón. Para mí que se acuerdan de cuando eran chicos y deseaban una muñeca así. Ella es el secreto más profundo de mi gobierno: no deben enterarse de que come en serio, tiene ataques de diarrea cuando le doy sandía con agua y nos emborrachamos juntas con el champán que queda después de los desfiles militares. No deben enterarse, querido diario, porque me la van a quitar para ponerla en mi museo. Creen que no me doy cuenta pero sé que hacen planes y hasta vi mi vitrina. Al Dr. Gutiérrez le perdono las cochinadas; en el fondo me quiere y por eso le gustaría ser quien me vista y arregle cuando me hagan estatua. El sí que sabe lo que me queda bien, qué productos usar para lustrarme la coraza. No como las señoras con la estupidez de las llaguitas.

El mensajero había venido en bicicleta desde la China. Y no quedaba cerca. Cuando llegó a la ciudad era de noche. La calle estaba resbalosa por la lluvia que había caído toda la semana pero en el instante en que puso pie en el país se despejó el cielo, volvió a haber electricidad, y empezaron a salir todos, encandilados por las luces de las vidrieras y los carteles que habían estado apagados durante un mes. A los indocumentados les colgaban insignias de uniformes equivocados que se habían ganado en la lotería organizada por Malvina con la esperanza de juntar fondos para defenderlos en las cortes de justicia internacionales; las chicas del culto se veían acaloradas por el excesivo ejercicio del campeonato de fútbol organizado por La Acorazada en estos sus más difíciles momentos en el ejercicio del poder; la mayoría de los adolescentes, arrebatados de lentas masturbaciones en la penumbra de sus cuartos sin luz, circulaban por la calle con sonrisas íntimas, listos para encamarse con el recién llegado o cualquiera de sus futuros asistentes; Salomé Moskovitz no estaba porque había recibido una invitación del recientemente establecido gobierno de un país sin pasado que necesitaba de sus servicios para establecer un programa de danzas ancestrales y platos regionales; Marta, la Sra de Carpio, las enfermeras, los presos y los enfermos de la época del palmito estaban en primera fila.

El muchacho se baja ahora de la bicicleta. Han formado un círculo a su alrededor. A pesar de que Chantal trata de hacerse paso a codazos para mirar directamente a la cámara, sólo vemos el paquete que contiene el cuerpo de Pascual Domenico Fracci y a Juana que avanza, vestida de odalisca, diminuta pero inconfundible, para desatar el primer nudito.

(continuará)

Se terminó de imprimir en julio de 1997
en Artes Gráficas Delsur
Santiago del Estero 1961 - Avellaneda

Cine continuado nos invita a participar en su galería de historias e imágenes. El detallado y enigmático strip-tease de una adolescente, su desaparición y ascenso a la vida política en el enjambre social de una ciudad imaginaria en la que las mujeres cambian de tamaño según sus amantes y los periódicos se disputan noticias de raptos, atentados y solicitadas de grupos marginales; una asesina divorciada que mata por sensualidad amorosa; grupos de indocumentados que inventan instituciones y se entretejen en la telaraña urbana; monjas falsas; hombres fascinados por el cuerpo femenino en noches tropicales mientras sus parejas piensan en espantar mosquitos.

Lectores y personajes de *Cine continuado* cohabitan en una zona donde la distinción entre lo real y lo inventado se borra para armar situaciones en las que siempre hay un crimen por develar, negociados descubiertos por periodistas justicieros que son, a su vez, denunciados por otros, misterio de pasiones y humillaciones cotidianas. Con tono desopilante y ritmo vertiginoso esta nueva picaresca femenina saluda el milenio que comienza y nos despide del actual en la fruición del momento y el catálogo de íntimos desastres.



Alicia Borinsky ha publicado libros de crítica literaria, poesía y novela; entre ellos ***Mina Cruel*** (novela), ***Mujeres tímidas y la Venus de China*** (poesía), ***La pareja desmontable*** (poesía), ***Sueños del seductor abandonado*** (novela), ganadora del Premio 1996 en el género novela otorgado por el Centro de Escritores Latinoamericanos de Nueva York y ***Madres alquiladas*** (poesía). Actualmente se desempeña como catedrática de Literatura Latinoamericana y Comparada en la Universidad de Boston.

I.S.B.N.: 950-05-1039-1

